
Universidad Autónoma Metropolitana

Unidad Xochimilco

División de Ciencias Sociales y Humanidades

LA REVOLUCIÓN DEL IMAGINARIO SOCIAL

El Obradorismo y la construcción de una utópica corriente ideológica

TRABAJO TERMINAL

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN POLÍTICA Y GESTIÓN SOCIAL

PRESENTA

María Fernanda Correa De los Santos

Asesor

Dr. Nicolás Cárdenas García

A Dios

A mis padres, Olga Lidia y Ricardo

A mis abuelos, Anita y Esteban

A la universidad pública,

A mis amigos

A mis profesores

¡Gracias!

Índice

<i>Introducción</i>	2
<i>Capítulo I. Las raíces del dominio ideológico</i>	7
1.1 Sociedad: composición y dinamismo	7
1.2 Democracia: origen, cultura política y descomposición	8
1.3 Cultura política: el detrimento del ideal democrático	10
1.4 Populismo: la personificación del Estado	13
1.5 Nacionalismo: manipulación y símbolos, la construcción de una identidad	18
1.6 Institucionalismo: límites y autonomía de un Estado moderno en formación	22
<i>Capítulo II: Inicios de una era ideológicamente dominante</i>	26
2.1 México: la edificación de una República independiente	26
2.2 Porfirio Díaz: élite y sociedad de poder	27
2.3 Revolución mexicana: el mito de una reconfiguración social	28
2.5 Cardenismo: límites y centralización de la autonomía del Estado	34
2.6 Andrés Manuel López Obrador: una nueva conquista al México moderno	37
<i>Capítulo III: Los tres momentos del Obradorismo</i>	48
3.1 Primer momento: desafuero político y jefe de gobierno de la Ciudad de México del 2000 hasta el 2005.	50
3.2 Segundo momento: fraude electoral y proclamación como presidente legítimo en el año 2006	57
3.3 Tercer momento: El Obradorismo y la época de la Cuarta Transformación (2018 – 2024)	63
<i>Conclusiones</i>	76
<i>Referencias bibliográficas</i>	83

Introducción

En los últimos años del siglo XIX y los primeros del siglo XX se consolidó el legado corporativista a través de la creación de grupos de poder que velaban sobre todo por sus propios intereses y no por los de la sociedad. Al competir por la influencia política, estos grupos cimentaron la ya presente desigualdad social creando una jerarquía de intereses y prestigio en el país (Roderic Ai Camp, 2018). En México se hereda una cultura paternalista en la que los grupos de alto mando se posicionan como una institución que compacta el poder y la toma de decisiones bajo formas de dominio personalistas que abonan a medidas de dependencia social.

La histórica inestabilidad política, la marcada desigualdad, la violencia gubernamental y administrativa, así como los vaivenes de bajos niveles de popularidad entre los ejecutivos federales despertaron el malestar social permitiendo ser representado dentro de una figura política que entendió, desde los errores de sus contrincantes, cómo simpatizar con las necesidades de las clases subalternas. Andrés Manuel López Obrador (AMLO) le brindó fe a los estratos más bajos que no habían sido escuchados durante décadas de opresión dentro del partido hegemónico y de la llamada transición democrática. Este personaje ha congeniado con la necesidad apremiante de la población de transformar la administración pública en búsqueda de la dignificación social. Sin embargo, ha utilizado como recursos de conquista ciertos puntos endebles presentes dentro de la sociedad mexicana a su favor.

La personalización del poder que conlleva el dominio político de AMLO ha tendido a devaluar la institucionalización de las estructuras y, por tanto, ha incrementado la importancia de las personalidades políticas (Roderic Ai Camp, 2018). La polarización adquiere más peso que el mismo pluralismo dentro de una sociedad democrática moderna. Se recurre a los conflictos políticos y procedimientos electorales con vistas a obtener una victoria abrumadora y como instrumento para movilizar a una parte del *Pueblo* contra otra (Urbinati, 2015). De tal manera, que la injerencia carismática de este actor político ha logrado compactar ciertos valores sociales que le han brindado legitimidad a su proyecto de nación.

Este juego político ha sido antes visto, pues nos podemos remontar a la historia resaltando pasajes como el caudillismo post revolucionario hasta la presencia de un ente no tangible como el Partido Revolucionario Institucional (PRI), en los cuales la inestabilidad política y social conllevó a la apremiante necesidad de depositar la confiabilidad a ciegas en uno o varios individuos que aparentaran saber cuál era el mejor rumbo para la nación. En la actualidad, a pesar de que la sociedad contemporánea ha experimentado los resultados del populismo, clientelismo y nacionalismo, ha sido posible que una corriente como el Obradorismo, con las mismas raíces históricas, permee tanto en la vida pública como en la vida privada de los individuos.

A partir de lo anterior, nos invade la curiosidad de entender ¿cómo el personaje de Andrés Manuel López Obrador ha conquistado fuertemente a ciertos sectores de la sociedad para que continúe viva a meses de la culminación del mandato la corriente del Obradorismo, y si en su defecto, logrará cimentarse como una corriente ideológica que se mantenga después de su desaparición en la vida política de México?

En el presente trabajo terminal surge el interés en analizar cómo se ha logrado constituir el Obradorismo como una corriente ideológica dominante en México, enfatizando en la exaltación del nacionalismo, el populismo, la personificación del poder y el anti institucionalismo, utilizados desde el desafuero político (2004 – 2005), jefe de gobierno (2000 – 2005), fraude electoral y proclamación como presidente legítimo (2006), hasta el sexenio actual (2018 – 2023). Siendo así como hemos priorizado la identificación de las estrategias del Obradorismo destinadas a difundir y generar aceptación para sus interpretaciones y su proyecto, esto con el fin de conocer las razones por las que existe una ferviente aprobación ciudadana y así, lograr examinar las características "estructurales" de la sociedad mexicana que contribuyen al éxito y aceptación de la corriente.

La justificación que da lugar a esta investigación se basa en el análisis meticuloso del Obradorismo como una posible corriente ideológica que ha sido capaz de sintetizar y compactar los valores del mexicano común. Esta práctica se ha llevado a cabo iterativamente a lo largo de la historia en el ámbito de las

políticas públicas y de la legitimidad política, por lo que es pertinente divisar el impacto que estas manipulaciones han tenido en la concepción de la sociedad contemporánea actual.

Los riesgos que ha propiciado la personificación del poder se basan en procedimientos que atentan en contra de la democratización del sistema político, pues se aumenta la desconfianza en las instituciones que buscan crear un contrapeso en la figura del ente ejecutivo. Esta desconfianza no podemos atribuírsele enteramente al presidente de la república debido a que una explicación histórica radica en que los mexicanos se desilusionaron de sus instituciones gubernamentales durante las décadas de un sistema unipartidista, el cual no cumplió con sus expectativas en años recientes (Roderic Ai Camp, 2018).

Según Roderic Ai Camp (2018) el nivel de confianza expresado por los mexicanos al Instituto Federal Electoral (IFE), organismo que en su forma actual, INE, ha sido responsable de las elecciones de 2000, 2006 y 2012, demostraba ser alto, a diferencia de todas las demás instituciones gubernamentales. Sin embargo, la desconfianza entera que ha expresado el mandatario ha tendido a desaparecer su legitimidad despertando en la ciudadanía el disgusto por dicha institución.

La confianza de la gente representa una medida importante del potencial de las instituciones políticas democráticas (Roderic Ai Camp, 2018), por lo que la injerencia de un personaje carismático en la línea institucional altera su libre funcionamiento, posicionando en riesgo el libre desarrollo del sistema político.

De tal manera, que la presente investigación adquiere relevancia debido a la tergiversación de la discusión política, la cual desde el uso de factores como el nacionalismo, el populismo y el anti institucionalismo han provocado ambigüedades sociales y huecos legales. Además, nuestra validez se cimenta en la relación con los lineamientos correspondientes del trabajo terminal, específicamente con la premisa de “poder, sociedad civil y procesos de gobierno”. La concordancia con el lineamiento estipulado está vigente gracias a que el Obradorismo es un fenómeno político – social que ha reconfigurado las

relaciones de poder entre la ciudadanía y el gobierno. Los factores previamente mencionados (nacionalismo, populismo, personificación del poder y anti nacionalismo), continúan siendo analizados a lo largo de los módulos del plan de estudio de la licenciatura.

Por último, con el presente trabajo se pretende aportar al campo del estudio del Obradorismo desde una perspectiva más allá de la reducción teórica dentro de los términos populistas, pues este fenómeno debe ser examinado desde un enfoque triangular y multidisciplinario en el que se resalta la relación líder carismático y mexicano común. Se busca demostrar que dicha corriente ha estado históricamente presente en diversas formas y personajes, tangibles e intangibles, empero lo que más alarma es que se haya presentado dentro de un México globalizado que se encuentra constantemente en las aras de la modernidad.

El presente trabajo terminal busca confirmar que el Obradorismo conquista a la sociedad a través de la manipulación del nacionalismo, el anti institucionalismo y la personificación del poder logrando crear una corriente ideológica que posiblemente trascienda después del mandato presidencial. Por lo tanto, este se encuentra elaborado desde el enfoque cualitativo en el que se destaca el estudio de las cualidades del tema, específicamente de los contextos políticos – sociales, los actores y sus relaciones dentro de los procesos históricos, a partir de los cuales se resalta la descripción del fenómeno a tratar. La recopilación de información se realiza desde la técnica de investigación – acción que abarca desde la época de la República Restaurada, la Revolución y el periodo Post Revolucionario hasta la aparición más ferviente de Andrés Manuel López Obrador (2018). Por lo consiguiente, la técnica de análisis de información es la revisión y el análisis documental, así como del discurso del presidente actual, desde el método analítico buscando comprender las relaciones entre variables y grupos.

Se ha construido la estructura del informe final que consiste en tres capítulos. En el primer capítulo se establecen los lineamientos teóricos que dan sustento a la investigación, referenciando teorías de poder, dominación, democracia, ciudadanía, así como populismo, personificación de poder,

nacionalismo, entre otras. El capítulo dos contiene la revisión histórica que establecen las características del conjunto social y expone los fenómenos políticos que inspiraron el actuar del lopezobradorismo. Finalmente, en el capítulo tres se establece el análisis de la información previamente recopilada, el cual se encuentra sistematizado en tres momentos que van desde el desafuero político (2004 – 2005) y jefe de gobierno (2000 – 2005), fraude electoral y proclamación como presidente legítimo (2006), hasta la instauración de la Cuarta Transformación (2018 – 2023).

Capítulo I. Las raíces del dominio ideológico

A través del uso histórico de la retórica se ha generado una relación de poder emanada desde un líder dotado de cierto carisma que logra convencer por medio de la construcción de utopías a la población. Dicho fenómeno amerita ser estudiado en la actualidad de un México contemporáneo, por lo que el presente capítulo busca sentar las bases teóricas que permitan el análisis del arraigamiento social con la corriente del Obradorismo desde el desentrañamiento de conceptos necesarios como el populismo que explica las razones de numerosas propagandas gubernamentales, así como el desvirtuamiento de la praxis per se de la democracia por este mismo; el exaltamiento del nacionalismo que ha desarrollado individualmente una concepción de identidad nacional desde la época revolucionaria y el institucionalismo, que ha tratado de establecer límites en una sociedad dinámica y constantemente revolucionaria en ideologías. Se pretende generar un análisis posterior de las intenciones humanas como la voluntad, el esfuerzo y el control de una agencia, que en este caso es el Estado encarnado en un solo individuo.

1.1 Sociedad: composición y dinamismo

Comte y Durkheim (citados en Fernando Escalante, 2012) refieren a la sociedad como un entorno interminable y resistente frente a la fragilidad de los individuos, donde se imponen normas, se exige ciertas conductas y por su propia inercia también se castiga. Ante esto nos es pertinente citar al mismo Durkheim (1982):

[...] la única personalidad moral que se encuentra por encima de las personalidades particulares es la que forma la colectividad. solo ella tiene también la continuidad e incluso la permanencia necesaria para mantener la regla por encima de las relaciones efímeras que diariamente la encarnan.

Por su parte, Bergson (citado en Fernando Escalante, 2012), ha establecido con claridad que el colectivo social es un sistema de costumbres, cada una de las cuales responde - directa o indirectamente - a una exigencia social, de modo que todas se sostienen mutuamente como un bloque. Según Escalante (2012), la solidaridad social existe porque, en cada uno, un “yo social” se entreteje con un “yo individual”; y cultivar ese “yo social” es obligación esencial de cada individuo que conforma la sociedad. Bergson ha determinado al

colectivo social como un sistema de costumbres que, igualmente confirma Ervin Goffman, pues este indica que los seres humanos enmarcan los objetos sociales y naturales con la finalidad de organizar su entendimiento y como guías para la acción social (Amparán, 2018).

Según Goffman (citado en Amparán, 2018), existen dos tipos de marcos: los naturales y los sociales, donde la distinción del mundo en términos de eventos naturales y actos guiados radica en el propósito explícito en los marcos sociales. Por lo tanto, los marcos de referencia sociales de un determinado grupo social constituyen un elemento central de su cultura, y están formados por su sistema de costumbres, creencias o cosmología (Goffman, citado en Amparán, 2018).

1.2 Democracia: origen, cultura política y descomposición

Ante esto, surge el modelo democrático que exige la participación, la justicia y el autogobierno en donde la voluntad general no es solo un acuerdo contingente, sino que es la única forma del Bien Común (Fernando Escalante, 2012). De tal manera que nos incumbe situarnos desde el origen de la democracia per se para comprender las raíces en las que nuestro país se ha tratado de desarrollar desde que decidió ser una república que adopta las características del modelo.

Históricamente se ha referenciado el concepto de democracia desde su etimología grecolatina, la cual por definición establece que el régimen político en el que el pueblo [demos] tiene/ejercita el poder (kratos). Sin embargo, a consideración propia y al igual que Pasquino que, la definición más integra y bella de la democracia la emitió Abraham Lincoln: "*Government of the people, by the people, for the people*"¹ (citado en Pasquino, 2015). Dentro de esta definición nos indica el autor que el pueblo resulta central en lo que trata la formación electoral de la democracia representativa (*government of the people*²), sea en la versión de democracia directa (*government by the people*³), iniciativa legislativa

¹ Gobierno de la gente, por la gente y para la gente.

² Gobierno de la gente

³ Gobierno por la gente

-en inglés proposition-, referéndum y revocación de los cargos electos -recall-, sea, en fin, como destinatario de las políticas elaboradas por los gobernantes (government for the people⁴) (Pasquino, 2015).

La concepción democrática la tomamos en el presente estudio como la idea de un nuevo orden social en el que la pluralidad de ideas es permisible debido a que, desde la antigüedad se estableció como un modelo público que forma a una ciudadanía con obligaciones y derechos que se ven reflejados en la participación de los asuntos públicos del Estado. Surgiendo así, una paradoja entre lo público y privado, en donde lo “público” necesita formar “árbitros y medidas especiales” para retener los actos de consecuencias que devienen del carácter privado (Escalante, 2012).

Lo público se forma a partir de lo privado. En el Antiguo Régimen europeo lo público no se percibía como un ámbito diferente y claro, por lo que no existía una separación fija entre la vida privada y la acción pública (Escalante, 2012). Así como lo expresa Escalante, en la antigüedad las viviendas, la ropa, los modales y la etiqueta eran expresiones del orden social, pues toda la vida era pública, así como jerárquica. Dentro de la conformación social se va forjando con independencia el espacio privado. Lo privado se separa y se vuelve ajeno al poder y a la misma organización del Estado por lo que dicha organización del espacio público ha necesitado desde sus orígenes la imagen del hombre y una moral inventando así el papel del “ciudadano”.

Ante esta paradoja de lo privado y lo público situamos a la idea de ciudadanía en el conjunto de valores y supuestos del individualismo debido a que así lo ha dictado la antigua Roma. El ciudadano es un individuo y como individuo forma la realidad básica de la vida social, pues frente a este circulan las instituciones y las formas de organización; vive obligado a atender su supervivencia como individuo privado y, a su vez, vigilar por el bien común (Fernando Escalante, 2012).

⁴ Gobierno para la gente

Desde la adaptación del modelo democrático en México nos apremia cuestionarnos el funcionamiento y el desempeño de un sistema político que se encontraba -y se mantiene- en aras de formación, por lo que es imprescindible hacer hincapié en las actitudes, los valores y las pautas del comportamiento de los actores políticos, principalmente de los ciudadanos y los gobernantes. El significado de la cultura política de una sociedad sale a relucir aquí, la cual por definición de Almond y Verba (citado en Salvador Martí, 2012:864) se concibe como

“una particular distribución de los patrones de orientaciones hacia objetos políticos compartidos entre los miembros de una nación, como orientaciones cognitivas, afectivas y evaluativas, donde sin duda los objetos de referencia básica son el propio sistema político institucional y sus componentes, las intervenciones y los resultados, así como finalmente el mismo sujeto y los demás actores del entorno político”.

1.3 Cultura política: el detrimento del ideal democrático

Según Salvador Martí (2012) la cultura política nos ayuda a descifrar los avances y los retrocesos de los procesos de democratización presentes en un régimen, así mismo como la disponibilidad de los ciudadanos y los actores a participar dentro del sistema político convirtiéndolo en uno más responsable y representativo o, por el contrario, uno más excluyente u opaco.

Morlino (citado en Salvador Martí, 2012) nos indica que la calidad de la democracia en México es totalmente relevante de descubrir, pues se debe de verificar el nivel de satisfacción y de alcance empírico en de lo que corresponde la instauración de una “democracia ideal”. La calidad de la democracia tiene que ver con las políticas públicas implementadas y la adecuación de estas con las demandas reales de los ciudadanos, hecho que debería de responder con la satisfacción de los demandantes (Martí, 2012). De igual manera, los académicos Levine y Molina (citados en Martí, 2012: 866) han establecido otra definición de calidad de la democracia, como “la medida en que los ciudadanos participan informadamente en procesos de votación libres, imparciales y frecuentes, influyen en la toma de decisiones políticas y exigen responsabilidad a los

gobernantes, y cómo éstos últimos implementan políticas respondiendo la voluntad popular".

Sin embargo, en el México moderno dentro de una promesa de cambio de modelo se presentan repentinas afectaciones a las estructuras organizacionales, a los valores y al funcionamiento de la democracia dentro de la administración pública (Dussauge & Aguilar, 2021). El ideal democrático se desmorona en un régimen que se continúa edificando dentro del dinamismo social, en donde sale a flote una cuestión inherente al ser humano, la necesidad de poder que deviene en problemas de superioridad si se desborda de las cualidades del ser. Ante esto, recordemos lo que Max Weber (1981) nos indica dentro de su obra *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva* que, la definición de poder es "la probabilidad de imponer la propia voluntad, dentro de una relación social, aun contra toda resistencia, y cualquiera que sea el fundamento de esa probabilidad" (p. 23). Sin embargo, en ocasiones la misma noción de poder o autoridad resulta en una superioridad incontrolada dentro de las jerarquías sociales y, no puede responder a las situaciones en las que la ciudadanía por voluntad propia se logra someter ante cierto(s) personaje público que seduce o encandila según sea su voluntad.

Étienne La Boétie (1983, citado en Escalante, 2012: 44) estableció el tema sobre la mesa proponiendo la siguiente interrogante ante dicha situación:

Es una cosa extraña, y sin embargo muy común, ver a un millón de millones de hombres servir miserablemente, llevando sobre el cuello un yugo, no por la exigencia de una fuerza superior, sino de alguna manera (según parece) encantados y seducidos por el solo nombre de uno, a quien no deberían temer, puesto que está solo, ni amar, puesto que se comporta de manera inhumana y salvaje [...] ¿qué puede ser eso? ¿Cómo se le puede llamar? ¿Qué desventura es ésta? ¿Qué vicio, o más bien, qué desventurado vicio?

Desde dicho planteamiento podríamos responder que George Simmel ha establecido ante este fenómeno que,

“los pasos infinitamente pequeños crean la conexión de la unidad histórica; las acciones recíprocas de persona a persona, igualmente poco apreciables, establecen la conexión de la unidad social [...] tratase de descubrir los hilos delicados de las relaciones mínimas entre los hombres, en cuya repetición continua se fundan aquellos organismos que se han hecho objetivos y que ofrecen una historia propiamente dicha” (1977: 30 -31).

Las acciones recíprocas establecen una relación dependiente entre los individuos generando un vínculo que en ocasiones resulta ser un poco ambiguo cuando se trata de descifrar qué tipo de relación es la que se genera entre los superiores y los subordinados. Dentro de este mismo paradigma, es pertinente sacar nuevamente las ideas de poder que establece Weber en muchas de sus vertientes, como lo es el modelo de dominio patrimonial que podría dar respuesta a esta inquietud que se presenta en el comportamiento social.

El dominio patrimonial se remonta hacia el poder de los hacendados, el de los caciques locales y el de los caudillos que en rasgos relevantes se organizaban conforme al dominio del poder doméstico. No existe una extensión nítida entre las funciones, los recursos y las actuaciones públicas - privadas; se genera un dominio enteramente personal donde incluso las fuerzas armadas se subordinan. Este modelo surge desde la crisis del Estado, siendo así como el gobierno se ve obligado a negociar su gestión con grupos notables locales y con funcionarios casi autónomos que defienden su competencia como si fuesen privilegios (Weber citado en Escalante, 2012).

Desde la misma naturaleza de la democracia se genera una entrada viable y libre para vínculos de carácter personal y de codependencia con quienes se puede mantener una reciprocidad implícitamente establecida. Entonces se presenta un retroceso en la democracia, el cual en la actualidad ha tenido sentido empírico en la medida en que líderes que ostentan el poder se desenvuelven dentro del gobierno, como lo han sido Hugo Chaves, Rafael Correa, Jair Bolsonaro, Donald Trump, entre otros (Dussauge & Aguilar, 2021).

Levitsky y Ziblatt afirman que *“el retroceso democrático hoy comienza en las urnas”* (2018: 5, citado en Dussauge & Aguilar, 2021), y donde las

consecuencias de dicho proceso no solo se presentan en el diseño y funcionamiento de las instituciones políticas, sino que además afectan los programas y servicios públicos que influyen directamente en la calidad de vida de las personas. La relación que mantiene el patrón de gobierno de los actores políticos antes mencionados es su perfil populista que provoca cambios radicales en la estructura gubernamental; los líderes populistas ponen en marcha ciertas acciones que tienen como objetivo erosionar o socavar los fundamentos institucionales de los regímenes democráticos (Bermeo, Levitsky y Ziblatt, Haggard y Kaufman citados en Dussauge & Aguilar 2021).

Es así como Dussauge y Aguilar (2021:139) establecen que,

El quiebre de las democracias en nuestros tiempos no se derrumban con golpes militares o fraudes, sino que se van “erosionando” por medio de cambios incrementales que deterioran la calidad de sus normas, instituciones y prácticas políticas” (Bermeo, Haggard y Kaufman, Levitsky y Ziblatt, Waldner y Lust).

Al igual que (2021:140),

El retroceso democrático implica una disminución en las características de lo que suele denominarse “buena gobernanza” (good governance), como son la transparencia y el Estado de derecho (Stoker, 2019); un debilitamiento o vulneración de los derechos humanos (Batory y Svensson, 2019); una reversión de reformas progresivas previas (Borins, 2018; Peters y Pierre, 2019); una “colonización” (Müller, 2016) o captura del Estado (Merino, 2013); y, quizás más notablemente, el surgimiento de un discurso antiliberal y anti pluralista, disfrazado de una defensa del “pueblo” mientras se ataca a supuestas “élites corruptas”, lo mismo que a los “tecnócratas”, a los inmigrantes, a la población LGTB o a otras minorías sociales (Albertazzi y Müller, 2016; Müller, 2016).

1.4 Populismo: la personificación del Estado

Stoker (2019, citado en Dussauge & Aguilar 2021) resalta el aumento en el número de partidos y líderes llamados populistas que han ganado elecciones nacionales y que, se han convertido líderes de gobierno con la característica esencial de poder comprender las necesidades del “pueblo” en comparación con los políticos y burócratas tradicionales que parecen haber estado “alejados del

contacto con esas masas virtuosas” (Peters y Pierre, citado en Dussauge & Aguilar 2021).

Así como lo indica Urbinati (2015), el populismo no es un movimiento popular, sino un sistema de poder dado que la política populista opera desde el escrutinio de los procedimientos y considera que la sede del poder popular está en la multitud y no en una asamblea regida por normas, donde el método de selección que le es más propicio parece ser el de la investidura de un líder.

La exaltación de un líder en el que recae la concentración de poder, psicológicamente especial y novedosa, nace del uso de un lenguaje expresivo combinado con tintes de aclamación y no de debate. Un líder populista no es, propiamente elegido, sino aclamado. La aclamación del líder populista conlleva a la superioridad física y simbólica del poder ejecutivo. Nancy Bermeo (2016: 10, citado en Dussauge & Aguilar, 2021: 140) ha destacado las tendencias al “engrandecimiento del poder ejecutivo”, que se traduce en la praxis “cuando los ejecutivos elegidos debilitan los controles sobre el poder ejecutivo uno por uno, emprendiendo una serie de cambios institucionales que obstaculizan el poder de las fuerzas de oposición para desafiar las preferencias del poder ejecutivo”. Es así como el líder populista descalifica todo tipo de corrientes externas a su dominio encerrando a la sociedad civil sean organizaciones campesinas o sindicatos, clases medias o think tanks profesionales, puesto que “el presidente no necesita de intermediaciones para relacionarse con la sociedad, se ha creado una unidad simbólica y política entre el presidente y la ciudadanía reforzando la centralización del poder (Dussauge & Aguilar, 2021).

La aparición de un actor o actores políticos de tintes o de completa envergadura populista es fielmente compatible con la democracia debido a que busca asegurar los derechos de las mayorías a que no sean ignorados. Por tanto, podríamos establecer que el populismo tiene como objetivo cumplir con cierto papel democratizador debido a que tiene como población objetivo a la mayoría excluida a fin de que logre criticar las formas preestablecidas de representación política y busque mejores formas de representación (Urbinati, 2015).

Un movimiento populista que logra arribar al gobierno dentro de una sociedad democrática tiende a adquirir formas institucionales y a reorganizar la política del Estado en donde se modifica o, incluso se puede llegar a destruir la misma democracia constitucional a través de la centralización del poder en el que se debilita el sistema de controles y contrapesos -check and balance- así mismo se genera un desprecio hacia la oposición política y la transformación de las elecciones (Urbinati, 2015).

Canovan (citado en Urbinati, 2015) establece que, en caso de tener éxito, se genera un quiebre de la democracia en el que se puede adoptar un lenguaje democrático, pero en relación con la democracia en la praxis esta es desarrollada por los ciudadanos comunes y corrientes. Se genera una relación intrínseca entre el populismo y la democracia representativa, debido a que es interna y parasitaria de esta (Urbinati, 2015). Es por eso necesario que para un mejor entendimiento del fenómeno populista se deba trazar un paralelo entre las formas antiguas y modernas de democracia.

Recuperando las ideas de Aristóteles, la democracia tiende a desvirtuar dicho modelo, generando tendencias que se inclinan hacia la demagogia. La demagogia ha nacido desde el empeño de hacer absoluta y general una igualdad que solo era real y positiva en ciertos conceptos; se logra presenciar la demagogia cuando las más pobres víctimas de la opresión, hacen que logre predominar el principio opuesto al ya tradicionalmente establecido (Aristóteles, 1985).

Por lo que, en una democracia se pueden presentar ciertos rasgos correspondientes a la demagogia, específicamente los siguientes (Aristóteles citado en Urbinati, 2015): a) puede presentarse casi siempre, ya que descansa en el uso público del lenguaje y la opinión; b) implica una aplicación extrema del principio de la mayoría, porque lo convierte en un absoluto o en una forma de poder antes que un método para tomar decisiones y, c) es la antesala de un posible régimen tiránico o, incluso agregaremos, de un régimen dictatorial. En la actualidad, Peters y Pierre (citados en Dussauge & Aguilar, 2021: 141) enumeran una serie de cambios que podrían esperarse de la asunción de gobiernos

demagogos-populistas: “primero, la pérdida de experiencia de los funcionarios expertos en la formulación de políticas; segundo, una mayor politización de las estructuras del servicio civil; tercero, niveles más amplios de clientelismo; y, cuarto, una tendencia hacia la centralización y personalización en la toma de decisiones en la figura política principal (primer ministro o presidente)”.

Según Pasquino (2015) la engendración de los populismos latinoamericanos radica justamente en el producto que deviene de la elección popular directa de los presidentes y de la debilidad social, más que de los aparatos institucionales. Siendo así como, los mecanismos de elección popular directa del presidente y de los gobernadores de los estados logran alimentar discursos, modos y estilos populistas y consiente la aparición de aspirantes populistas, sin embargo, la situación contiene ciertos elementos de ambigüedad.

Dentro de esta noción de ambigüedad debemos establecer el concepto de populismo, el cual en repetidas ocasiones resulta difícil de establecer en una sociedad dispersa con ideologías volátiles. Por lo que, retomando las ideas de Urbinati (2015) considero que, a pesar de que el populismo es un concepto impreciso, la forma más acertada de definirlo es visualizarlo como *“llevar la política al pueblo y llevar el pueblo a la política”*. Analizando al populismo como un fenómeno lo podemos describir como la edificación de un estilo político o una serie de tropos y figuras retóricas, sin embargo va más allá de esta concepción, pues busca adueñarse del poder del Estado con el fin instaurar una agenda política donde el principal elemento identificable es la hostilidad contra el liberalismo y los principios de la democracia constitucional, en particular los derechos de las minorías, la división de poderes y el pluralismo partidario (Urbinati, 2015).

Laclau, quien a consideración de Urbinati (2015) ha producido la teoría más exhaustiva sobre el populismo, va más allá y lo identifica no solo con una “acción política” o con simples formas de discurso (o sea, con una forma ideológica del discurso político), sino con la democracia misma, porque según lo que expresa él es una acción política que le da un rol protagónico a la clase trabajadora o a la gente común.

En cuanto a las características del populismo destacamos el recurso indispensable del discurso que menciona a una unidad social creada como el “pueblo” en todo momento, en el cual se hace uso constante de la polarización como entre los muchos y los pocos donde la principal arma es la distinción social, minimizando a la burocracia estatal, las reglas y las leyes mediante la colonización, debilitación, anulación política o destrucción (Olvera, 2022). Empero, me permito referirnos al “pueblo” como una entidad a la cual se le ha conferido una pureza de entera sabiduría y bonanza con una moral superior, el cual es únicamente comprendido por el líder que conoce la voluntad y los reclamos de este ante una contraparte denominada “élite” conformada por corruptos, perversos y lejanos individuos (Dussauge & Aguilar, 2021).

El populismo desdibuja la democracia constitucional y representativa porque establece el principio de que la voluntad autorizada del líder sobre el pueblo y la opinión informal son, y deben seguir siendo, dos formas distintas de legitimidad, a las que por ningún motivo se deben confundir (Urbinati, 2015). La convergencia y confrontación de la pluralidad de ideas e intereses dentro del populismo son considerados como reclamos causantes de disputas constantes, por lo que recurre a la creación de escenarios polarizados que le permitan al pueblo juzgar y emitir su posición dentro de un esquema social.

Se construye una narrativa discursiva que genera una contraposición social entre los “conservadores” y el “pueblo bueno y sabio” que polariza el ambiente político - social generando una división tensa y artificial entre los que apoyan la defensa de los más desprotegidos y quienes buscan “criticar de mala fe” el actuar del líder (Olvera, 2022). La simplificación entre dos polos opuestos e irreconciliables abona a lograr una profunda unificación de las masas en contra de las élites existentes bajo una narrativa encarnada desde la personificación del líder (Urbinati, 2015).

La polarización y el cesarismo van juntos y ambos constituyen un desafío radical a la democracia. Schmitt (citado en Urbinati, 2015) indica que el populismo suele tomar formas personalistas e incluso se llega a identificar el pueblo con la figura de un líder. Esta noción surge históricamente desde el “bonapartismo” que nació dentro de un entorno revolucionario en el que

Napoleón persuadió la aprobación a través de la opinión pública y la propaganda para movilizar a las masas; sensibilizó los sentimientos populares contrarios a la élite y condenó fríamente a los intelectuales nombrándolos peyorativamente como “ideólogos” y “doctrinarios” (Urbinati, 2015).

De tal manera que, el populismo es inconcebible sin un culto a la personalidad, el cual se identifica desde dos procesos políticos interrelacionados (Urbinati, 2015): uno que tiende a la polarización de la ciudadanía en dos clases orgánicas (*“dicotomías como el pueblo contra la oligarquía, las masas trabajadoras contra sus explotadores, etc.”* [Laclau, citado en Urbinati, 2015]) y otro que apunta a la verticalización del sistema político.

El carácter populista personalista tiene como fines la centralización de las decisiones administrativas, las estructuras gubernamentales y la gestión de los recursos presupuestales, así como intenta ampliar los márgenes de discrecionalidad (formal e informal) para manejar (sin restricciones) los puestos, el dinero, los contratos y los grandes proyectos deviniendo en escasa autonomía de los otros poderes del estado lo cual nos conduce a la desinstitucionalización entera, característica histórica del régimen hegemónico (Olvera, 2022).

En síntesis, consideramos al populismo como un movimiento que logra alterar las percepciones individuales desde una esfera pública que emana de un dirigente que busca llegar rápidamente al poder sin respetar los tiempos políticos establecidos por los procedimientos democráticos. El fin o fines del personaje carismático se moviliza desde la polarización dicotómica y el constante cuestionamiento del *modus operandi* tradicional de la democracia, el cual de ninguna forma puede conciliar con su proyecto de nación.

1.5 Nacionalismo: manipulación y símbolos, la construcción de una identidad

Dentro de los primeros sesenta años de vida independiente de nuestro país podemos percibir en diversas vertientes al corporativismo, cambiando los efectos de la autonomía estatal como lo han sido el concepto de la autoridad pública, el papel del ejército, los mecanismos de representación y gestión de intereses, entre otros más. Así mismo al periodo del Porfiriato se le confieren ciertas

características propias de la época como el arreglo político de la dictadura, la cual emana del orden que se gestó desde episodios anteriores, pero con el papel del ejército en el control de la sociedad y una solidez clara de sus intereses en la injerencia gubernamental (Escalante, 2012).

Un recurso presente en dicha temporalidad y que a mi consideración embona a la perfección con el populismo, es la corriente nacionalista que emana desde los inicios de un México independiente. A partir de dicha concepción, nos compete establecer qué es lo que se entiende por nacionalismo en una terminología adecuada al presente estudio.

Según Hernández, 2020 se ha establecido al nacionalismo revolucionario como la suma de acontecimientos históricos y objetivos, asumidos como comunes o, incluso iguales, de los movimientos fundacionales de la nación mexicana.

Toda corriente o doctrina social tiene un protagonista principal desde el cual se desarrolla la historia. En el caso del nacionalismo el personaje principal es el *pueblo* - al igual que en el populismo- el cual busca tener siempre un objetivo común, sin embargo, a diferencia del populismo, el nacionalismo revolucionario asume como naturales las contradicciones y, por lo tanto, no reconoce objetivos distintos o diferencias fundamentales como lo hace el mismo populismo.

Existe cierta relación entre el espíritu del populismo y la razón de ser del nacionalismo, esta radica en la definición de izquierda. En el contexto mexicano, definir qué es la izquierda resulta un problema teórico y filosófico realmente complicado, sin embargo, si nos remontamos históricamente a su definición resulta su establecimiento menos complicado. Según Hernández (2020) en lo que respecta a la izquierda mexicana, su expresión más destacada fue la comunista la cual adoptó plenamente el marxismo y, por ende, se asumió como organización que reconocía la lucha de clases y que buscaba la construcción de un Estado por parte de los trabajadores, por supuesto, no desde la vía democrática.

Como históricamente lo conocemos, el descenso e incredibilidad de la izquierda han sido sus mismas contradicciones presentes en su propio discurso ideológico. Dentro de este se emuló siempre el objetivo de velar por las demandas sociales y la búsqueda del bienestar social haciendo énfasis en los sectores más desprotegidos.

Según Hernández (2020) los más favorecidos con la corriente nacionalista fue la élite posrevolucionaria, la cual se consideró de izquierda e incluso claramente socialista, sin embargo, siempre existieron problemas en definir con qué realmente era lo que simpatizaba. En la actualidad con López Obrador se ha logrado la hazaña abrumadora de convencer al electorado mexicano de que debe de existir una reivindicación hacia la justicia social y el intervencionismo del Estado.

En este proceso sale a relucir la construcción de la identidad, empero, ¿en qué consiste la identidad per se? primeramente me permito establecer como “identidad” a lo que Alan Knight (2010) establece como un hoyo negro conceptual que se traga la materia y emite escasa luz. A pesar de que Knight la describe como un hoyo negro, esta continúa siendo abstracto, por lo que referenciando a Villoro (1998) el término de “identidad” es multívoco, pues varía según la clase de objetos a los que se aplica (Villoro, 1998).

Villoro (1998), describe que la identidad de un objeto está formada a partir de notas que les brindan singularidad frente a los demás objetos y que permanecen dentro de este mismo. Por lo tanto, aplicado a entidades colectivas como las nacionalidades, identificar a un pueblo sería en primer sentido: “Señalar ciertas notas duraderas que permitan reconocerlo frente a los demás, tales como: territorio ocupado, composición demográfica, lengua, instituciones sociales, rasgos culturales. Esta unidad a través del tiempo se remitirá a su memoria histórica y a la persistencia de sus mitos fundadores” (Villoro, 1998).

Desde el exaltamiento del nacionalismo podemos percibir la formación de una identidad nacional mexicana enteramente cimentada a partir de la experiencia colectiva compartida, la cual abarca territorio e historia. Este argumento se remonta a las ideas de Ernest Renan (citado en Alan Knight, 2010)

que enfatizan en la experiencia colectiva compartida dentro de un territorio como la historia, espacio y tiempo. Los rasgos espaciales han moldeado a la historia de México, por tanto, a la identidad nacional en un sentido objetivo, sin embargo “los moldes” pueden operar silenciosa e inconscientemente forjando al México que es hoy. Por otro lado, los acontecimientos históricos son más conscientes debido a que se conservan en la “mentalidad colectiva” dentro de la memoria, la narración y la educación. Estos están sujetos a un debate y conflicto ideológico constante porque nos incumbe preguntarnos ¿hasta qué grado logran “moldear” a los mexicanos? (Ernest Renan citado en Alan Knight, 2010).

Históricamente la manipulación de la percepción de la realidad mexicana se ha logrado a través del uso de símbolos que logran persuadir las convicciones sociales. De tal manera que, nos compete identificar y establecer qué son los símbolos, Goffman (1986, citado en García Peña, 2015) expone que los símbolos son aquellos signos portadores de información social que pueden ser accesibles en forma frecuente, regular, buscados y recibidos rutinariamente. El símbolo es un tipo de signo caracterizado por inconclusión, ambigüedad, redundancia, estabilidad y memoria cultural, y por poseer un excedente de sentido que el sujeto que lo interpreta ha de completar, acercándose así a los significados culturales que indaga (García Peña, 2015).

Goffman (2006), establece que cada cultura y sociedad, conforme a su momento histórico sujeto a cambios y alteraciones como en procesos revolucionarios, estructuran ciertos marcos de referencia. Por lo tanto, los hitos históricos en nuestro país no se basan en condicionamientos determinados, sino a un momento en que el pueblo buscaba su libertad, su autonomía y una mejora del bienestar social -como la época revolucionaria-. Así que no solo es importante distinguir entre la temporalidad y el espacio, sino también de las ideas populares de la patria y las ideas de la élite, pues las primeras refieren a una visión parroquial-federalista de la nación-estado, las últimas están a favor de una agresiva construcción del Estado, surgiendo un nacionalismo más centralizado con desprecio al particularismo local (Alan Knight, 2020).

Goffman (citado en Amparán, 2018), enfoca su atención en los signos utilizados en este tipo de ritual porque los grupos forjan sus identidades vía

marcos de la memoria colectiva (mitos, rituales, símbolos). Por consiguiente, el recuerdo es una reconstrucción del pasado con ayuda de datos tomados del presente, y preparada con otras reconstrucciones realizadas en épocas anteriores. De esta manera, la identidad de un grupo se construye a través de narrativas y tradiciones con la finalidad de otorgar a sus miembros un sentido de comunidad y mantener los lazos que los mantienen unidos. El grupo social es una comunidad imaginada; los mitos, rituales y símbolos son vehículos de la memoria colectiva.

1.6 Institucionalismo: límites y autonomía de un Estado moderno en formación

El Estado usualmente es el principal actor del proceso, sin embargo, no simpatiza siempre con la idea del populismo o nacionalismo que puede encarnarse dentro de un solo individuo con historia o carisma que aclamar. Ante este posible suceso, se crean las instituciones con el objetivo de controlar o dominar al actor o actores políticos que puedan erupcionar con el deber ser del Estado.

Escalante (2012) hace referencia al cambio como un asunto complicado y hasta oscuro. Nos indica que los valores cambian, como cambian las sociedades, sin embargo, no cambian al mismo ritmo ni el mismo sentido. Es a veces una lenta decadencia de valores inservibles:

El cambio se hace inconscientemente, por irrespetuosidad en los de abajo y por falta de convicciones en los de arriba. esto agrieta porque se descompone, Nadie cree en su misión, ni en el juez que condena ni en el cura que dice misa, ni el militar que mata en la guerra (Pío Baroja, 1974, citado en Escalante, 2012: 225).

Ante esta definición del cambio podemos comprender las reacciones que se han percibido ante cambios históricos como las prácticas capitalistas o inclusive los levantamientos que conllevaron los motines y las insurrecciones que en sus principios fueron rechazados y desestimados con argumentos que desvalorizan los cambios. El nacimiento de las instituciones, no fue un suceso indiferente al cambio social, el cual polemiza los problemas que pueden existir

dentro de la colaboración humana. Estas surgen como las reglas del juego, son las limitaciones ideadas por el hombre que brindan cuerpo a la interacción humana. Por consiguiente, estructuran ciertos incentivos en el intercambio humano ya sea político, social o económico (Douglass C. North, 1993).

Según Douglass C. North (1993) el cambio institucional conforma el modo en que las sociedades evolucionan a lo largo del tiempo, lo cual es indispensable para comprender el cambio histórico. El tipo ideal de la práctica entre las instituciones y el ciudadano se establece desde un rasgo de lealtad que comienza desde el individuo hacia las instituciones políticas, bajo la forma del Estado. El fundamento de dicha relación de lealtad es la convicción de que el estado se instituye para el Bien Común, y la conciencia de un vínculo de solidaridad con el resto de los ciudadanos mediado a través de la ley (Fernando Escalante, 2012).

Sin embargo, a pesar de que el espíritu de las instituciones es eliminar la incertidumbre de la ciudadanía en lo que compete el dinamismo de la estructura social, en la actualidad desde mediciones como la encuesta USAL-Colmex (2009, 2011) se destaca la mala opinión que tienen los ciudadanos mexicanos de la administración pública en donde la burocracia es considerada como la “Confianza en instituciones”.

Tabla 1. Confianza en Instituciones

	<i>Mucho</i>	<i>Algo</i>	<i>Poco</i>	<i>Nada</i>
Bomberos	37	35	17	10
La iglesia	31	35	21	11
El ejército	29	34	23	13
El presidente	15	37	31	17
El gobernador	9	36	35	18
Instituto Federal Electoral (IFE)	9	36	31	21
La televisión	11	33	33	22
La Suprema Corte de Justicia	8	32	33	20
El presidente municipal	6	31	38	23
Los diputados federales	4	27	41	26
Los bancos	5	26	37	29
Los sindicatos	5	22	34	33
La policía	5	22	37	36
Los partidos políticos	2	21	37	34
La burocracia	3	19	37	35

Fuente: Elaboración de Martí, S. (2012: 873) con datos de USAL- Colmex 2011.

Desde el análisis de Marti (2012) sobre la calidad de la democracia enfatizando principalmente en el papel de las instituciones radica en resultados de una satisfacción baja donde la confianza hacia las instituciones democráticas es pésima y donde su participación se limita principalmente al voto, el en ocasiones puede ser persuadido por dádivas.

Es ahí donde la aparición de un personaje político con cierta aclamación del pueblo se presenta como una imagen divina de “salvación” estatal y gubernamental en donde el populismo niega radicalmente la autonomía de las instituciones políticas.

Según Dussauge & Aguilar (2021) el movimiento populista moldea el papel de las instituciones según sean los fines del gobierno, ya sea posicionarlas a un lado (sideline), empoderarlas (empower) o usarlas para fines políticos. Un resumen histórico comparado presentado por Bauer y Becker (Dussauge & Aguilar, 2021: 142) destacan las estrategias que los populistas parecen usar para, “cambiar las estructuras, los recursos y las normas de la administración pública: centralizar la estructura administrativa o los recursos gubernamentales; politizar al personal administrativo o las normas; y reducir las estructuras de rendición de cuentas”. Al usar dichas estrategias, los gobiernos populistas personalistas pueden perseguir diversos objetivos (Bauer et al., citado en Dussauge & Aguilar, 2021: 142) “capturar al Estado, desmantelarlo, reformarlo o sabotearlo según sea el tipo de objetivo perseguido que dependerá de dos variables: la visión (positiva o negativa) que los gobernantes tienen respecto del Estado y el régimen administrativo (frágil o robusto) al que se enfrentan.

Sin embargo, no solo se ocupan con los fines característicos de los líderes populistas (Peters y Pierre, citados en Dussauge & Aguilar, 2021)— de forma simultánea: desmantelar, sabotear, capturar— sino que, en la experiencia mexicana se encuentra presente el objetivo adicional de “personalizar” las instituciones y políticas públicas, es decir asociarlas a la figura presidencial, ya sea subrayando que han sido creadas por los mismos líderes o ya sea por medio de etiquetas institucionales vinculadas a la agenda política (Dussauge & Aguilar, 2021).

Ante ambas disposiciones, dentro de las instituciones se altera el fin original de estas mismas, generando (Dussauge & Aguilar 2021: 174):

Pérdida de capacidades administrativas y de política pública en las organizaciones públicas; problemas para coordinar, integrar y dar continuidad a las políticas públicas actuales; problemas para motivar, reclutar y retener personal capacitado en el mediano y largo plazos; aumento en la opacidad gubernamental y en los riesgos de actos de corrupción; costos no contemplados por litigios o transiciones organizacionales; politización e ineficiencias en el funcionamiento de instituciones y servicios públicos; y divulgación deliberada de datos e información imprecisos o falsos, entre otros.

El presente capítulo nos permitió establecer una guía para desarrollar el análisis histórico de las relaciones de dominación que se pueden presentar dentro de una sociedad voluble y vulnerable como lo es la mexicana. Esto nos da un indicio de la aceptación sin precedentes que puede existir hacia un líder carismático que logra manipular símbolos y costumbres en una sola causa colectiva tras haber estudiado a la perfección las debilidades del pueblo.

Una sociedad sesgada por el desvirtuamiento de la democracia, el anhelo de un cambio radical a través de las acciones de un solo personaje y la insatisfacción de las imposiciones institucionales que buscan limitar el dinamismo social. Ante esto nos compete cuestionarnos, la necesidad de alimentar dichos personajes a lo largo de la historia de México, lo cual se dará respuesta dentro del siguiente capítulo teniendo como relación los conceptos de Sociedad, Democracia, Nacionalismo, Identidad e Institucionalismo abordados previamente.

Capítulo II: Inicios de una era ideológicamente dominante

La sociedad mexicana se ha encontrado dividida por la corriente capitalista que solo ha incrementado la desigualdad, generando una sociedad fragmentada. Las distinciones entre la élite y el pueblo han permitido el encuentro de acontecimientos memorables que han cambiado el curso de la historia a través del actuar de individuos congregados dentro de movimientos sociales o la simple presencia dominante de un solo hombre.

Este capítulo tiene como objetivo recopilar brevemente los pasajes que han ocasionado cambios sociales sustanciales en la historia contemporánea y autónoma de nuestro país. Comenzando por esbozar el recorrido brevemente desde la República Restaurada, el Porfiriato y la Revolución enfatizando en la imagen del poder ejecutivo; el Cardenismo desde la óptica social y política que permitió una relación cercana y dominante entre el Estado y la población y, por último, el recuento del camino del actual presidente Andrés Manuel López Obrador resaltando los momentos sorprendentes de su trayectoria política y su relación con el pueblo con el fin de poder generar un análisis que involucre elementos teóricos previamente delineados en el anterior capítulo en los pasajes aquí abordados.

2.1 México: la edificación de una República independiente

Desde el siglo XIX, percibimos la distribución del poder pronunciadamente asimétrica y altamente bimodal, donde la minoría que estaba en el poder constituía la conocida clase gobernante (Smith, 1981). Según Smith (1981) Pareto bautizó a este estrato dominante, con el nombre que desde entonces se utiliza comúnmente: la élite gobernante o élite política, los cuales se distinguen por un conjunto de cualidades de superioridad moral, intelectual e incluso material.

Entre 1821 y 1860 México tuvo cincuenta diferentes gobiernos, cuya duración promedio fue de menos de un año. La vía más socorrida para acceder al poder público era el golpe militar (Smith, 1981). En 1867 tras la caída del Segundo Imperio Mexicano y tras la guerra de reforma, surge la élite

gubernamental de corte liberal en el periodo históricamente conocido como la República Restaurada. El programa liberal se desarrolló sobre la base de un complejo conjunto de factores que había vivido el país, pobreza masiva, estancamiento económico y penuria fiscal, un analfabetismo abrumador, el bandolerismo y los gastos sociales y económicos no cubiertos fueron cuestiones que fomentaron el desprestigio de los gobiernos previos provocando corrupción y una fuerte oposición (Perry Laurens, 1974).

Perry Laurens (1974) menciona que muchas regiones continuaban dominadas por caudillos, donde la oposición al gobierno regularmente alegaba que la suspensión de garantías y los poderes extraordinarios eran una burla al sistema constitucional ocasionando levantamientos de diversas insurrecciones. La falta de unanimidad en las ideas y la nula concordancia en los planes a futuro para nuestro país fueron unas de las razones más importantes que arrojaron a México a una situación de vulnerabilidad aprovechado por el caudillismo político. Es así como, los gobiernos mexicanos, en cualquier nivel, compartían una característica fundamental que los volvía aún más débiles: la falta de un poder ejecutivo fuerte en términos constitucionalistas.

El remontarnos hacia la guerra de reforma, quizá se pueda percibir como un periodo relativamente extenso, sin embargo, el situarnos en la época del Porfiriato y la Revolución mexicana logra evidenciar un problema apremiante a resolver devenido de dicha época: la necesidad de un poder ejecutivo estable y dominante, pero limitado por leyes e instituciones. Pues como nos indica Perry Laurens, la causa de las múltiples destituciones de individuos en el poder fue ocasionado por una cabecilla gubernamental débil.

2.2 Porfirio Díaz: élite y sociedad de poder

En la dictadura de Porfirio Díaz, el círculo de la élite gubernamental porfirista acumulaba riquezas y remedaba a la aristocracia europea, mientras que la mayoría de los mexicanos, tanto los trabajadores urbanos como los campesinos, sufrían cada vez más apuros y estaban sometidos a una explotación cada día mayor (Smith, 1981). El régimen de Díaz centralizó el poder político y fortaleció

considerablemente el papel del Estado, donde las decisiones clave se toman generalmente por el propio dictador dentro de la ciudad de México y sin que intervinieran los caudillos locales o regionales.

Por su parte, Díaz estableció el patrón de la relación entre lo civil y lo militar que caracterizó al país posteriormente en los años cuarenta, el cual consistió en un legado de poder compartido y liderazgo entrelazado con limitaciones muy poco definidas entre el poder político y el militar y el civil entre las élites políticas y empresariales (Ai Camp, 2018). De tal manera que, es importante recalcar lo que menciona el autor Ai Camp (2018) sobre las bases del clientelismo político evidenciado durante la misma época del Porfiriato, pues al ser Díaz el que tenía el control de la mayor parte de los puestos políticos nacionales importantes, utilizaba los nombramientos para recompensar a quienes lo apoyaban o como medio para cooptar a sus oponentes.

2.3 Revolución mexicana: el mito de una reconfiguración social

Empero, durante el periodo revolucionario se vivió un desplazamiento de una oligarquía urbana y cortesana para dar paso a la preeminencia política de elementos pobres y rurales. A partir de dicho suceso, se abrieron nuevas oportunidades sociales y políticas dado que sus líderes procedían de las masas, creando así un sistema que permaneciera auténticamente representativo (Peter Smith, 1981). La mayor consigna de la Revolución fue buscar la justicia social desde la perspectiva económica, de tal manera que, como era de esperar, la Revolución de 1910 también introdujo un tipo diferente de orden político cuyo origen social era muy distinto del de sus contemporáneos no combatientes. Por lo que, la Revolución re introdujo la importancia de los antecedentes de clase trabajadora entre los líderes mexicanos (Robert Ai Camp, 2018). Sin embargo, según Peter Smith (1981), el liderazgo inicial de la revolución no provenía tanto del campesinado, sino más bien, de una clase media-baja rural conformada por pequeños empresarios, maestros rurales, y otros miembros de los estratos medios y de una inteligencia provinciana.

A pesar que el movimiento revolucionario había despertado una efervescencia social harta de la represión dictatorial de Porfirio Díaz, el dominio político continuaba proviniendo de la clase media. Personajes como Francisco I. Madero, nacido en una familia acaudalada del porfiriato, no apostaban por reconciliar los problemas de pueblos y ejidos que se expresaban en las facciones zapatistas y villistas, pues era un líder extremadamente tímido para eliminar a la oposición y tan solo buscaba restablecer un orden perdido, no crear un nuevo sistema político en el que fuesen atendidas las demandas sociales de las clases subalternas (Smith, 1981).

Según Smith (1981) la presencia de Venustiano Carranza en dicho pasaje se asimila al mismo actuar que el de Madero, debido a que igualmente provenía de una familia ilustre lo cual marcó las pautas de su movimiento, impidiendo algún tipo de compromiso ideológico con las masas. Siendo así como los líderes del “victorioso ejército constitucionalista” fueron extraídos principalmente de la pequeña burguesía provinciana, los cuales tuvieron la tarea de construir el nuevo Estado mexicano y de reestructura del sistema económico, sin embargo, sus opciones se vieron limitadas por el nivel anterior de desarrollo de las fuerzas productivas en México y los restos de las estructuras pre revolucionarias. Aún más importante fue que, si bien la burguesía nacional quedó debilitada, la estructura económica dominante del porfiriato, basada en el control por parte del capital extranjero de sectores clave de la economía, permaneció virtualmente intacta (Hamilton, 1983).

Empero, en 1914 Carranza también demostró ser un nacionalista cuando se opuso decididamente a la intervención de Estados Unidos en la lucha contra Huerta, pero hasta ahí terminó el impulso, por su parte Zapata y Villa fueron menos nacionalistas, estaban más comprometidos con el cambio socioeconómico, pero cada cual a su manera sin un consenso ni acuerdo entre ambas facciones (Smith, 1981).

Este vaivén político que provocó el inicio de una reconciliación ideológica entre los líderes sociales y los gobernantes, se le puede

atribuir al mismo periodo de inestabilidad económica y política que devino posterior al periodo dictatorial. Esto mismo lo afirma Smith,

Yo considero, asimismo, que estas características responden efectivamente a la definición de revolución: la toma ilegal del poder político, a través de la amenaza o del uso de la fuerza, con el objeto de llevar a cabo un cambio estructural en la distribución del poder político, social o económico (1981:45).

Sin embargo, algo que nos recuerda el autor es que la revolución fue todo menos monolítica, que unas facciones eran más revolucionarias que otras y que triunfó el ala moderada (Smith, 1981). De tal manera que, hemos de resaltar que los personajes “revolucionarios” mencionados no mostraron un carácter de líder social que se amerita en ese preciso momento adecuado para empatizar con las necesidades sociales, pues estos demostraron solo un compromiso hacia la preocupación de ostentar el poder y la estabilidad que crear una transformación estructural.

Lo que sí podemos resaltar del proceso revolucionario es que de 1910 a 1917 existieron diversos cambios en el régimen (Hamilton,1983:101):

Se destruyó el aparato estatal porfiriano, se debilitó a la burguesía nacional y se encaminó a las masas del campesinado de la clase obrera mexicana a la vida política nacional; existió desigual desarrollo de las fuerzas productivas en el México pre revolucionario y la importancia del capital extranjero en su desarrollo restringen gravemente los recursos nacionales disponibles para el nuevo estado en formación y aumentaron la atracción e injerencia del capital externo. En el transcurso de los años posrevolucionarios, esta transición tuvo un lugar un periodo relativamente breve, donde la base estructural de la empresa capitalista sobrevivió la revolución y volvió a dominar la economía, en el proceso, muchos de los grupos dominantes del porfirato fueron terratenientes, comerciantes, industriales e incluso banqueros que consiguieron instalarse en el sistema económico, aunque con una mayor reglamentación por parte del Estado, y a esto se sumaron los capitalistas de la revolución oficiales del ejército y funcionarios gubernamentales, que aprovecharon la posición para hacerse parte de la burguesía.

Hemos históricamente conceptualizado a la revolución como una gran convulsión social, la cual fue capaz de efectuar cambios importantes entre las relaciones, las instituciones y las estructuras, sin embargo, nunca existió una dominación del proletariado sobre la misma burguesía -como lo menciona Marx- (Smith, 1981). Es así como se desmiente el mito de que dicho acontecimiento abonará a un cambio radical en las coyunturas sociales, económicas y políticas de la población mexicana. Sin embargo, se cimentaron las bases del nacionalismo político, traducido en la época revolucionaria como la mexicanización, una forma de nacionalismo muy general.

Según Ai Camp (2018) la mexicanización es un principio revolucionario que subraya la importancia de los mexicanos y de México donde se destaca su influencia y prestigio. Está también influyó en una línea de pensamiento intelectual conocido como lo mexicano, relacionado con la identidad nacional o cultural y el orgullo del legado mexicano. La mexicanización fortaleció la cultura y los valores mexicanos, así como el nacionalismo político. La Revolución modificó la retórica política de los mexicanos y los objetivos sociales de legitimación de las necesidades e intereses de los grupos de bajos ingresos y de los indígenas. Sin embargo, en vez de reducir la función del Estado, lo convirtió en una institución aún más completa.

2.4 Caudillismo: inestabilidad política y dominio público

A partir de lo anterior, la reaparición del fenómeno del caudillismo no debe de ser sólo considerado como una hegemonía temporal donde el propósito principal era saquear las arcas del erario, pues la política caudillista no era fuerte ni de poder ni de prestigio, sino que era simplemente el refugio de mestizos, que habían ascendido en la escala social (Smith, 1981). De tal manera que, podemos observar que el caudillismo mexicano que surge desde el siglo XIX es la imagen viva de un intento de conquista social, pues exalta la disputa del poder entre los perdedores y los ganadores, en donde se aprovechan los huecos legales e institucionales que carecía el país, tratando de concentrarse el poder dentro de una sola imagen.

El caudillismo surge desde una inestabilidad política que enfatiza la dispersión entre los poderes que hoy conocemos como pilares del control político. Al aparecer en un periodo revolucionario, las insurrecciones de estos personajes se suscitaron desde diversos puntos locales y estatales del país, implantando sus propias ideas. Después de 1917, la variedad de caudillos era plena, cada uno se atribuía como “revolucionario” y, en vista de que los partidos nuevos adquirirían autonomía y fuerza, los caudillos auspiciaron organizaciones para que estas dependieran de ellas (Alcira Soler, 2021).

Después del asesinato de Obregón en 1928 y múltiples factores adicionales, la época del caudillismo llegó aparentemente a su fin (Alcira Soler, 2021). Individuos destacados en esta práctica, como Plutarco Elías Calles, buscaron colocarse de nuevo en la esfera del poder a través de la dominación de la fuerza popular, tutelar, ideológica y armada (Pablo González Casanova citado en Alcira Soler, 2021). Según Alcira Soler (2021), Calles aceleró la creación del partido único como medida para perpetuarse en el poder, exaltando el aglutinamiento de la fuerza, el sentimiento y el poder, después de la situación de descontrol, violencia e impotencia por parte del gobierno central, cuando se propuso poner orden en la nueva política revolucionaria. Por lo que, podemos establecer que el partido oficial fue manejado a título personal por Calles durante mucho tiempo.

Según Nora Hamilton (1983) Calles gobernaba país entre bastidores y este periodo se conoce generalmente como Maximato en designación de este mismo como, jefe máximo, esta era la resaltamos porque estuvo determinada en gran parte por orígenes de pequeño burgueses y pequeños agricultores, maestros de escuela y empleados de gobierno y contemplaba un programa de desarrollo económico basado en pequeños y medianos propietarios en oposición a los privilegios monopolista; el Estado seguía dividido y económicamente débil y las estructuras de dominación del periodo pre revolucionario seguían existiendo a pesar de que las clases y los grupos porfirianos dominantes habían sido considerablemente debilitados, siendo así como el capital extranjero, la burguesía dominante, la clase trabajadora y el campesinado fueron restricciones

inherentes al nuevo régimen que limitaron la autonomía estatal en una sociedad posrevolucionaria.

A pesar de que se trató de disipar el dominio político que ejercían los caudillos, la “sombra del caudillo” misma nunca fue posible de erradicar por completo con la creación del partido oficial. Pues, una de las cuestiones difíciles de ocultar es el carisma que emana desde este tipo de personaje que, sin lugar a dudas, ha encajado perfectamente con las necesidades de comprensión, atención y formulación de identidad de la población.

En buena parte el discurso aspiracional del caudillismo se aprovechaba de la vulnerabilidad social que devino de los tiempos posrevolucionarios. En dicho periodo se presencié, como lo expone Hamilton en líneas arriba, que las concesiones capitalistas porfiristas continuaron imperando en el nuevo régimen, ocasionando que la división de clases fuese aún más marcada. De esta manera, nos explica Hamilton (1983) que el Estado tuvo un importante papel en la formación de las clases en México post revolucionario: se abrieron oportunidades que permitieron a militares y funcionarios del gobierno convertirse en capitalistas de la revolución; la estrategia política que caracterizó al gobierno, consistía en evitar una organización unificada e independiente tanto de obreros y campesinos, captando a las organizaciones existentes o estableciendo instituciones dirigidas y controladas por el gobierno.

Es así como, a lo largo de la historia política mexicana la presencia de un ente o entes dominantes en la vida social han logrado causar disrupciones en la percepción ciudadana. Estos personajes actúan desde la concepción de la vulnerabilidad social, cautivando diversos valores con el fin de encontrar afinidad social con la población más frágil. En la época plena del caudillismo el contexto social se ve encerrado por la inestabilidad política emanada desde la construcción de un México independiente post el paso de la revolución, en el que la definición del Estado era fundamental para vislumbrar el rumbo de la nación.

La figura del presidente como tal, es la imagen medular de todo un sistema político (Soledad Loaeza, 2021), pues se crea tras el desfile caudillista

y dentro de la inestabilidad histórica del país. A partir de la figura del dictador Porfirio Díaz, observamos una imagen robusta de un mandatario nacional, la cual, si bien no demostraba una empatía social, sino que exaltaba la división social y demostraba la concentración del poder en una sola persona.

2.5 Cardenismo: límites y centralización de la autonomía del Estado

A partir de 1917, la transición del caudillismo al presidencialismo se consolidó constitucionalmente, pero podemos establecer que fue hasta la llegada del ex presidente Lázaro Cárdenas donde fue diseñada y empleada, llegando así a ser el primer presidente legítimamente aceptado (Verónica Vázquez, 2009). Al pasar la memoria, la Revolución Mexicana se ha convertido en un mito y en un discurso ideológico, en el que líderes como Zapata, Villa y Cárdenas han figurado con total importancia, siendo un vehículo político de gran legitimidad y de movilización populista.

Según Verónica Vázquez (2009), logramos percibir en el imaginario social una historia sobre el General Cárdenas y su memoria que ha servido como explicación de la realidad y como guía de acción, pero principalmente como guía a través del cual se ha plasmado una utopía. Estos relatos se han construido sobre un conjunto de valores específicos que logran expresar el sistema sociocultural que los engendró.

El mito de Cárdenas en la historia nos demuestra que su aceptación social y su uso como herramienta discursiva en indistintos tintes partidistas, se debe a los anhelos y aspiraciones que se perseguían en los años treinta y cuarenta. La justicia social, la soberanía nacional y la apremiante necesidad de una identidad post revolucionaria fueron características sociales presentes en el contexto histórico del Cardenismo. Según Verónica Vázquez (2009), Cárdenas se vincula al concepto de patria y se convierte en un exponente que engloba diversos valores ampliamente compartidos en dicha época como el nacionalismo, el indigenismo, la justicia social, el secularismo, el respeto por la naturaleza y el igualitarismo. El General empatiza con la población tras diversos episodios de

su gobierno, pues representaba la sencillez y la generosidad de la gente común, del pueblo: es un valor republicano y democrático.

Según Sergio Martín (2019) el contexto social que se presenciaba con el ex presidente Cárdenas en el México de los años treinta y cuarenta se basó en el establecimiento de una política económica de una administración populista, pues estableció como máxima prioridad la ejecución de su programa social y económico para alcanzar el crecimiento económico, y al mismo tiempo, menospreció los equilibrios macroeconómicos fundamentales. Asimismo, desde la perspectiva contemporánea se señala que las políticas desarrolladas fueron señal de un camino forzado por las circunstancias y el contexto de incertidumbre política y social.

Sin embargo, el periodo de conformación del Estado dentro del periodo cardenista coincidió en México con la creciente hegemonía de los intereses estadounidenses en América Latina, existiendo un esparcimiento masivo del comercio norteamericano (Hamilton,1983). Empero, resaltó la necesidad que nace en la década posrevolucionaria de buscar el reconocimiento o no reconocimiento del gobierno, un factor crucial en un periodo falto de estabilidad, dado que determinaban si los Estados Unidos ayudaría al gobierno o bien a los insurgentes en la eventualidad de una revuelta militar (Hamilton, 1983).

A finales de la década de los 90's existía ya una marcada centralización del poder político que estaba relacionada con la acumulación del capital (Hamilton,1983). Según Nora Hamilton (1983), a finales de noviembre de 1934 tomó el poder el nuevo presidente, Lázaro Cárdenas, del cual se esperaba una continuación del orden político - económico que se había establecido con el Maximato: comercio y proceso de desarrollo ligado al capital extranjero, la naturaleza de la reforma agraria, así como los esfuerzos por controlar movimientos campesinos y obreros, pues era bien sabido que el general Lázaro Cárdenas era conocido como protegido de Calles, nombrado como su "soldado leal" .

La elección de Cárdenas no fue una polémica central, sino que la discusión se concentraba en el plan de seis años que debía darle forma a la nación. Calles había propuesto un plan moderado en donde se buscaban incluir aspectos agrarios, sin embargo, Cárdenas logró rentar el proyecto como su plataforma de campaña en donde reafirmó el concepto constitucional del Estado intervencionista activo, propugnó la integración económica a nivel nacional e incluyó a varios de sus promotores en sus gabinetes (Hamilton, 1983)

Según North et.al. (citado en Hamilton, 1983), conforme fue pasando el tiempo de Cárdenas se presentaron cambios de lealtades de diversos individuos dentro de los niveles de la burocracia indicando la fragilidad de su aceptación demostrando claramente una confrontación de divergencias por un apoyo basado en el oportunismo. Siendo así como se vio impregnado su sexenio por apatía burocrática, corrupción, oposición general a sus programas y una centralización del poder que la describe Nora Hamilton de la siguiente manera (1983:130):

Cárdenas para centralizar el control en manos de asociados de confianza adoptó muchas formas, en algunos casos, ciertos departamentos fueron creados y ampliados con personal de confianza y se les dio responsabilidades específicas para importantes programas o reformas. Sin embargo, el método más dramático empleado por Cárdenas para centralizar su control, fue su estilo personal de gobernar: intento de hacerse inmediatamente accesible a la gente y de invertir directamente en importantes programas y reformas. Sus giras preelectorales y presidenciales hasta las zonas más remotas del país fueron seguidas, frecuentes y extensos viajes durante todo su gobierno, buscando el contacto directo con las diversas regiones del país y sus poblaciones, sus problemas y sus necesidades.

A partir de lo anterior, resaltamos lo que nos indica Melissa Amezcua (2019) sobre una fragilidad existente en las bases populares, y que el ex presidente se dejó guiar por su instinto en el que reconocía la necesidad de dignificación del pueblo mexicano. A partir de las acciones previamente descritas por Nora Hamilton, Cárdenas logró, de cierto modo, fortalecer la relación sociedad - Estado en la cual históricamente se enaltece la retórica de que los menos privilegiados tuvieron cabida en la toma de decisiones, siendo así cómo

se convirtió en la personificación pública de la dignidad nacional y de la voluntad del pueblo (Amezcuza, 2019).

La etapa actual de la humanidad no debe ser de caudillos, ni de oligarquías, sino de masas organizadas con clara conciencia de sus destinos y de su misión histórica. (Lázaro Cárdenas citado en el Gobierno de México, s.f.)

La visión histórica de Cárdenas provenía de un ethos nacionalista post revolucionario en el que se observaba a la Revolución como una expresión de las demandas y las aspiraciones populares que sirvió siempre como punto de referencia para las estrategias que necesitaba desarrollar y también le bastó para sustituir dichas aspiraciones (Verónica Vázquez, 2009).

En síntesis, durante el periodo cardenista se estableció la maquinaria institucional necesaria para las intervenciones estatales y la centralización del poder estuvo relacionada con la acumulación del capital. Los generales revolucionarios fueron alentados por el gobierno central para dedicarse a los negocios como un medio para canalizar sus ambiciones políticas sin ser tan peligrosas como las mismas insurrecciones, el auto enriquecimiento fue pacíficamente regularizado y los ahora capitalistas revolucionarios se convirtieron en uno de los sectores más dinámicos de la clase dominante (Hamilton, 1983).

2.6 Andrés Manuel López Obrador: una nueva conquista al México moderno

El paso de los años, nos hace necesario remontarnos a la composición de la estructura social resaltada después de los años cardenistas, donde la clase media es una clase altamente privilegiada. Por su parte, la clase baja estaba formada por los que desempeñan trabajos manuales y, al modo de ver de Peter Smith (1981), conserva una distancia muy claramente separada de los estratos medio superiores tanto desde el punto de vista conceptual como empírico.

Como ha observado Pablo González Casanova (citado en Smith, 1981) del 50 al 70 por ciento aproximadamente de la población mexicana es

considerada marginal a la vida nacional, y no recibe casi ninguno de los beneficios del crecimiento a pesar de ser esta la que proporciona gran parte de la fuerza de trabajo y de los recursos necesarios para facilitar el crecimiento mismo. Los frutos del desarrollo económico han sido aprovechados por la pequeña porción de la población privilegiada. Tal situación ha sido caracterizada por González Casanova (citado en Smith, 1981) como colonialismo interno, y constituye los cimientos sociales del régimen político autoritario mexicano.

Es por eso que, la relevancia que le brindamos a la figura del General y de la corriente del Cardenismo se debe a que, la relación pueblo – presidente en raras ocasiones resulta ser fuerte y empática en una sociedad altamente dividida en estratos socioeconómicos marcadamente distantes. Es por eso que la presencia de Andrés Manuel López Obrador como un líder carismático en sí no es un fenómeno nuevo, pero sí un acontecimiento avasallador en el México contemporáneo.

La imagen del presidente actual nuevamente ha sido el reflejo histórico de múltiples aspiraciones poblacionales. Se ha buscado a través de esta la soberanía nacional frente al dominio estadounidense en sus intervenciones estatales en cuestiones de seguridad y energética; se anhela un país con recursos económicos redistributivos para los que menos tienen; se espera una lucha real contra la corrupción en todos los niveles administrativos del servicio público, así como la mejora en la atención a los ciudadanos de a pie en el esquema burocrático y de salud.

Andrés Manuel López Obrador ha labrado un camino desde sus inicios en la vida política mexicana en donde se han grabado pasajes que han alterado el orden político del país, así como sucedió, a mayor escala, en la época de la República Restaurada, la Revolución y el Cardenismo donde se vivieron acontecimientos sociopolíticos que labraron el sistema político mexicano. El político tabasqueño ha tenido un origen social muy particular, en el que se destaca su papel en la época con los chontales, en la cual abundan las anécdotas sobre su austeridad personal. Se destaca su estilo sensibilizado a los más necesitados, sus muestras de humildad política en el que si era necesario

dormía en el suelo de los jacales, como muchos chontales. Según (Moisés García, 2007) una de sus principales aportaciones de estos tiempos, y que causó una muy buena impresión en la gente de Rovirosa, fue el crédito a la palabra, que permitió que el Instituto Indigenista recibiera del Gobierno Federal relevantes recursos económicos.

López Obrador contribuyó a la construcción de un sin número de puentes en su entidad federativa de origen impulsadas por el gobernador Enrique Gonzales Pedrero, apostando a las mejoras de las deficiencias en las comunicaciones que se basaban en el primitivo modelo de las pangas donde camiones y automóviles cruzaban los ríos en unas lanchas planas sujetas a los vaivenes del tiempo y a las crecientes del caudal. De González Pedrero, López Obrador entendió el impacto que ocasionan las obras públicas en el electorado (Moisés García, 2007).

Si algo define la forma de hacer política de López Obrador es el actuar radical que ha emanado desde sus inicios, pues las numerosas marchas, bloqueos e impugnaciones que realizó en Tabasco y en la Ciudad de México son pruebas evidentes del modo peculiar de hacer política del actual presidente de México.

El mismo personaje expresaba que,

En una lucha contra un régimen autoritario, solo hay tres caminos: uno es el de las armas; otro, la resignación y la aceptación de la esclavitud sin grilletes; la posición intermedia es la que estamos asumiendo: la del movimiento pacífico, la resistencia civil.” (Andrés Manuel López Obrador citado en Moisés García, 2007: 4).

La radicalización política de AMLO no ha tenido desenlaces trágicos como demás candidatos que han generado grandes movilizaciones sociales, sin embargo, en el 2004, siendo jefe de gobierno de la Ciudad de México y rumbo a la carrera presidencial, se acusa a López Obrador de no acatar a un juez que le ordenó no bloquear los accesos al predio ubicado en la Delegación de Cuajimalpa de Morelos, conocido como el Encino. En efecto, como lo menciona

García (2007) se suscitó el desacato en el que se encontraba en un serio problema el Jefe de Gobierno de la Ciudad de México.

De acuerdo con el artículo 38 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos (citado en Moisés García, 2007), cuando un ciudadano está sujeto a un proceso criminal, se le suspende su derecho a participar como candidato en una elección popular. Por lo que, para enjuiciar a AMLO se necesitaba destituirlo del fuero, decisión que le competía a la Cámara de Diputados, donde en dicho año, el Partido de la Revolución Democrática no contaba con la mayoría. Andrés Manuel López Obrador se posicionaba dentro de una encrucijada que podría perjudicar su camino hacia Los Pinos, sin embargo, no dejó de apostar por el apoyo popular en medio de tal situación (Moisés García, 2007).

Dentro del contexto que contuvo al desafuero político de AMLO se suscitó el asesinato de Arturo El Pollo Guzmán, hermano de Joaquín Guzmán Loera, alto capo del cártel de Sinaloa, acrecentado la inseguridad en el país que desde el 2000 -sexenio de Vicente Fox- se presenciaba debido a los altos índices de emigración a Estados Unidos, escapando de hambre y violencia más de 500 mil campesinos (*La Jornada*, 2005).

En el 2002, miles de campesinos encabezaron diversas manifestaciones en las que participaron diversas organizaciones como el Frente Francisco Villa en contra de la construcción del aeropuerto de Texcoco. Se bloquearon avenidas importantes, ejidatarios buscaban llegar a Los Pinos y emplazaron por dos veces consecutivas al presidente a dialogar con ellos en un foro público (Velázquez García, 2004). Sin embargo, según *La Jornada* (2002), y Lajous (2003) citado en Velázquez García, 2004) los numerosos intentos de negociación desataron un enfrentamiento en el que resultaron aproximadamente veinte personas heridas y seis policías lastimados, es de resaltar que la policía detuvo a catorce campesinos, incluidos los líderes del movimiento, acusándolos indebidamente de todo tipo de ultrajes y privaciones ilegales de libertad contra el patrimonio del Estado de México, dicho suceso aconteció bajo el uso excesivo de la fuerza.

Por su parte, en el 2003 el jefe de gobierno capitalino inaugura el segundo piso del Periférico Sur (comienzo de sus magnas obras) donde fue acompañado por decenas de miles de simpatizantes, mientras las cúpulas del PRI y del PAN afinan acuerdos para desaforarlo (*La Jornada*, 2005). Según García Bartolo (2007) El 7 de enero de 2005, el periódico La Reforma dio a conocer, en la columna *Templo Mayor* que, en diciembre de 2004, Martha Sahagún había dicho, en presencia del presidente de la República y del gobernador de Guanajuato, que la final de la carrera por la Presidencia estaría entre el PRI y el PAN. Incluso, según la versión del Reforma (citada en García Bartolo, 2007), Sahagún se dio el lujo de ponerle fecha al proceso de desafuero que se le avecinaba al Jefe de Gobierno: “*No pasará de marzo, afirmó*”. Por su parte López Obrador, continuó insistiendo en que el juicio en su contra había sido orquestado por un grupo compacto que veía amenazado sus intereses y privilegios y utilizaba de manera facciosa las instituciones

El viernes primero de abril, la sección instructora de la Cámara de Diputados, que analiza el caso de López Obrador, resolvía si procedía el desafuero de éste, sin embargo, la nota pasó desapercibida debido a que coincide con la muerte de Juan Pablo II (*La Jornada*, 2005). El jueves siete más de 300 mil personas se congregaron en el Zócalo para apoyar al tabasqueño, quien indica que no lo acompañen al Congreso. Horas más tarde en el Palacio Legislativo de San Lázaro, emite un discurso vibrante en el que se escucha un “Yo acuso” preponderantemente fuerte contra Vicente Fox y el presidente de la Suprema Corte, Mariano Azuela; su discurso es aclamado por una multitud en las calles del Centro Histórico y cuando concluye su intervención, el acusado se retira a su domicilio (*La Jornada*, 2005). Desde ese momento, AMLO comenzó a ofrecer conferencias de prensa a la puerta de su departamento en Copilco todos los días, mientras que sus partidarios montaban guardia a toda hora (García Bartolo, 2007). Según *La Jornada* (2005) y como lo indica el desenlace, la Procuraduría General de la República no lo encarcela, por lo que a partir del 20 de abril comenzó una gira para explicar al pueblo la situación acontecida; reúne simpatizantes en Guadalajara, Tepic, Acapulco y Villahermosa antes del gran mitin convocado en el Zócalo capitalino.

La insostenibilidad del gobierno de Fox basada en la desconfianza de la transición democrática solo propició estragos que afectaron al núcleo de la sociedad más vulnerable, pues la inseguridad, la violencia política y las movilizaciones sociales se hicieron presentes en un contexto gubernamental pernicioso. El 24 de abril, más de un millón de personas llenaron el Zócalo Capitalino para reiterar el apoyo al desaforado, donde anuncia que al otro día volverá a despachar en su oficina oficial. Ante el colapso de la intentona golpista, Fox refrenda su vocación democrática y el procurador Rafael Macedo de la Concha renuncia a su cargo y se va como diplomático al extranjero, pero entonces, inesperadamente, López Obrador desmovilizó a sus seguidores (La Jornada, 2005).

Tras el fuerte suceso, el presidente actual continuó su camino dando batalla en la próxima contienda presidencial que se avecinaba en el 2006 contra el candidato Felipe Calderón Hinojosa (FECAL) del Partido Acción Nacional (PAN). Las elecciones del 2006 han sido las más cerradas en toda la historia del México contemporáneo otorgando por un margen relativamente pequeño el triunfo a FECAL. Sin embargo, el candidato de Coalición por el Bien de Todos, Andrés Manuel López Obrador refutó dicho resultado considerándolo malicioso y amañado por los que ostentaban el poder.

En un México de condiciones de democracia consolidada, la elección y el proceso electoral acaecido en aquella época no debió de haber sido motivo de preocupación y alteración para la ciudadanía en general, empero, AMLO el candidato perdedor, decidió desatar el escándalo público centrando la discusión en la apertura de todas las mesas de votación.

Entre gritos de la trascendental proclama *“voto por voto, casilla por casilla”* emitida desde los grupos de simpatizantes del tabasqueño se expresaba la desconfianza en las elecciones por parte de la población. Pues, AMLO evidenciaba numerosas irregularidades acontecidas durante el proceso electoral, tales como (Cárdenas, 2007): la injerencia indebida de la Presidencia de la República que gastó miles de millones de pesos en una campaña paralela y el desvío de recursos públicos hacia la campaña de FECAL, la inequidad de los medios de comunicación electrónica, la participación ilegal de la clase

empresarial y de la iglesia católica, entre otras, mismas que el Tribunal Electoral, máxima instancia judicial en la materia reconoció y admitió en su resolución de septiembre de 2006, pero que no las estimó suficientemente graves y determinantes para anular los comicios.

Ante esta situación es pertinente comprender las reivindicaciones y señalamientos que se emitieron en el contexto político - social de la transición a la democracia. Desde 1988, se trató de establecer límites al modelo autoritario que predominaba desde las esferas del poder del partido hegemónico PRI por medio de reformas electorales y de la presión social que influyó en el proceso. Las reformas electorales buscaron crear una entidad independiente que fuese la encargada de planificar y contabilizar las elecciones, así como fortalecer el entorno en el que se desarrollan a través de modificaciones profundas que se basaron en el fortalecimiento del financiamiento público y el limitamiento del privado, se fortalecieron los instrumentos de fiscalización a los ingresos, egresos y patrimonio de los partidos al igual que se reguló el papel de los medios privados de comunicación electrónica, la implementación de estas medidas devinieron de los escándalos de corrupción dentro de las principales facciones políticamente dominantes. Carlos Salinas de Gortari en 1993 solicitó donativos a empresarios privados con el fin de afrontar las elecciones de 1994; abundó el dinero privado en las campañas; existió abierta injerencia del presidente Fox respaldando en actos públicos y privados al candidato Calderón; la clase empresarial actuó desde los medios de comunicación brindando apoyo al candidato del PAN, lo que la ley electoral mexicana prohíbe; la televisión y la radio actuaron con marcada parcialidad durante el proceso electoral a favor del candidato del PAN; existió una fuerte campaña negra del PAN a través de "spots" en la televisión y en la radio en contra del PRD, prohibida por la ley pero consentida durante meses por el órgano electoral; se desviaron recursos públicos de programas sociales hacia la candidatura de Calderón, y el alto clero mostró su apoyo a Calderón; y hasta dirigentes extranjeros (Cárdenas, 2007) .

Escándalos de corrupción presentes durante las elecciones y las deficiencias jurídicas del sistema electoral no fueron corregidas por el Congreso mexicano, arribando así al proceso electoral de 2006 con las mismas reglas de 2000 (Cárdenas, 2007). Según Jaime Cárdenas (2007) poderes fácticos (medios

de comunicación y el sector empresarial) fueron excluidos del margen jurisdiccional de la autoridad electoral, por lo que aunado a lo anterior el ambiente en el que se desarrollaron las elecciones fue de desigualdad de oportunidades entre los candidatos confirmando las lecturas políticas en el sentido que la clase empresarial y política por ningún motivo acepta a un presidente como López Obrador.

En el periodo de impugnación de los resultados electorales por parte de Andrés Manuel se desarrolló un movimiento “de resistencia civil pacífica”, prometió aceptar el resultado de un recuento total, pero advirtió que *“nunca reconoceré a Calderón como el presidente legítimo de México”* (Andrés Manuel López Obrador, citado en Gustavo Emmerich, 2007). Además, exigió la destitución de los consejeros generales del Instituto Federal Electoral, actualmente Instituto Nacional Electoral, emitió dudas sobre la integridad e imparcialidad de los magistrados del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, y llamó “traidor a la democracia” al presidente Fox. Según Gustavo Emmerich (2007) Obrador y miles de sus seguidores acamparon en el centro de la Ciudad de México, derivando que el presidente Fox se ausentase de la celebración de la Independencia de México.

Sin embargo, el punto culmine del rechazo electoral aconteció el 20 de noviembre, frente a una enorme multitud reunida en el Zócalo, donde López Obrador se auto declaró “presidente legítimo”, formó un “gobierno en la sombra”, y llamó a no reconocer al próximo gobierno de Calderón (Emmerich, 2007).

Como resultado de la nula legitimidad política que estuvo presente dentro del gobierno de Calderón se distribuyó al ejército en las calles con el fin de combatir al narcotráfico ocasionando miles de muerte de inocentes y un incremento en las cifras de la inseguridad ciudadana de la cual el país no se ha podido recuperar. Por su parte, en el ámbito social se intentó reducir la pobreza mediante un mayor gasto social, sin embargo, la administración de los recursos fue ineficiente al grado en el que aumentó la desigualdad social (Cárdenas-Eguíluz y Moreno Hernández, 2023). Además, según Bolívar Meza (2013: 61 citado en Cárdenas-Eguíluz y Moreno-Hernández, 2023), Calderón buscó reformar la industria petrolera con el objetivo de permitir la intervención privada

en la extracción de petróleo obteniendo como rápida respuesta el contraataque de AMLO, el cual creó el Movimiento Nacional en Defensa del Petróleo en donde el tabasqueño decidió relacionar a la corrupción con la privatización, siendo a partir de ese momento la “corrupción”, un significante central en su discurso.

AMLO empezó a recorrer el país en 2009, donde dio a conocer su “Proyecto Alternativo de Nación” con un mayor apoyo del sector intelectual, el cual coadyuvó con la propuesta de integración del gabinete para demostrar una moderación discursiva y reconciliación con el sector empresarial y las clases medias, pues el gabinete que presentaba era conformado por “expertos” considerados así por el mismo mercado (Cárdenas-Eguíluz y Moreno-Hernández, 2023). A finales del 2011 el lopezobradorismo dio el primer paso hacia la institucionalización al aprobarse su registro como asociación civil. En un acto de fundación simbólica, encabezado por López Obrador, el líder del movimiento expresó (López Obrador en Muñoz y Méndez citado en (Cárdenas-Eguíluz y Moreno-Hernández, 2023): *“Morena es ahora una asociación civil para transformar la vida pública del país...por la vía pacífica y electoral, luchemos por la regeneración nacional”*. Irrefutablemente, el Movimiento de Regeneración Nacional consta de la figura de AMLO como uno de los políticos más carismáticos en la historia del México moderno, pues ha sido legitimado dentro del mismo partido por sus integrantes al considerarlo como una “persona extraordinaria” logrando imponer en la organización su propia visión de la política (Pérez-Verduzco, 2019).

Ante la formalización del proyecto obradorista tras su trayectoria radical, es imprescindible remontarnos al contexto social en el que estaba inmerso el país de camino a las elecciones del 2018, sexenio en el que se esperaba una transición del sistema político neoliberal a uno de izquierda al ser constituida como la segunda alternancia en la historia. Como se ha expuesto la predominancia del Partido Revolucionario Institucional muto de un partido nacionalista - populista de sus inicios, hacia uno autoritarita con distinciones neoliberales. Tras la victoria del PAN en el 2000, se esperaba que llegaran nuevos bríos al país, pues durante este periodo hubo un aumento en la confianza institucional en los tres niveles de gobierno, sin embargo, disminuyó

drásticamente por los errores cometidos durante los primeros años de gobierno panista (Pérez-Verduzco, 2019).

La violencia desatada por el enfrentamiento con el crimen organizado, conocida como “guerra contra el narcotráfico” no sólo agravó la seguridad pública, sino que le otorgó una nueva preferencia al entonces candidato del PRI, Enrique Peña Nieto, que a pesar de haber sido fuertemente criticado por su accionar como gobernador del Estado de México y padecer la oposición de las movilizaciones sociales (#YoSoy132) ganó la contienda y sentenció el regreso del PRI a la presidencia (Pérez-Verduzco, 2019). Según Pérez-Verduzco (2019) el regreso del PRI al dominio del sistema político se debe a lo siguiente: “a) *la sostenida pérdida de popularidad de Calderón*; b) *la capacidad de Peña Nieto para evitar divisiones en su partido*; c) *y la gran animadversión que tenían diversos sectores de la sociedad hacia AMLO*” (Olmeda & Armesto, citado en Pérez-Verduzco, 2019, pp. 115). Este panorama estableció las condiciones para la aparición de MORENA en el sistema de partidos.

A lo largo del gobierno de EPN se presentaron diversas reformas estructurales mediante el denominado “Pacto por México”, algunas de ellas fueron la Reforma Energética, la Reforma educativa, la Reforma Laboral, entre otras. A partir de su implementación, se mantenía la agenda neoliberal impuesta a principios de los ochenta por el presidente Miguel de la Madrid, que buscaba reducir el papel del Estado frente a la iniciativa privada dejando el destino en la liberalización de la economía favoreciendo a la inversión capitalista (Pérez-Verduzco, 2019). Como bien sabemos, el gobierno de EPN rindió resultados mediocres en materia económica y social, se mantuvo envuelto dentro de diversos escándalos de corrupción como “La casa Blanca” o “Agro Nitrogenados”, pero lo que más cavó la tumba del gobierno priista fue la inseguridad y la violación de los derechos humanos históricamente grabado en el caso de Los 43 de Ayotzinapa, Guerrero.

Por lo que, en un contexto social de inseguridad y corrupción en el que era casi imposible brindar los derechos básicos de libertad de expresión y de asociación debido a la brusca represión gubernamental, la figura de Andrés Manuel López Obrador pudo ser establecida como una esperanza de cambio a

un sistema político que sangraba al país. Los numerosos discursos emitidos desde el mandatario permitieron que la ciudadanía pasará de la complicada cuestión de “percibir que es poco lo que pueden hacer al respecto” (Pérez-Verduzco, 2019).

Por lo que, en un contexto social de inseguridad y corrupción en el que era casi imposible brindar los derechos básicos de libertad de expresión y de asociación debido a la brusca represión gubernamental, la figura de Andrés Manuel López Obrador pudo ser establecida como una esperanza de cambio a un sistema político que sangraba al país. Los numerosos discursos emitidos desde el mandatario permitieron que la ciudadanía pasará de la complicada cuestión de “percibir que es poco lo que pueden hacer al respecto” (Pérez-Verduzco, 2019).

La corrupción, la violencia, la inseguridad y el debilitamiento de un poder ejecutivo han permitido la volatilidad de los acontecimientos históricos, pues dichas características han permitido la aparición de ciertos personajes en la historia que han logrado envolverse con el tejido social endeble y vulnerable, ocasionando cambios ideológicos que han caracterizado a cada época.

La aparición de Andrés Manuel López Obrador en la vida pública mexicana ha desencadenado numerosos episodios que recopilan la aparición de los aspectos teóricos e históricos que se han presentado en ambos capítulos. Por lo que, a partir de la presente revisión histórica, podemos proceder al análisis que nos compete el trabajo terminal.

Capítulo III: Los tres momentos del Obradorismo

A lo largo de los capítulos previos se desarrollaron las bases necesarias para emprender el análisis riguroso que nos compete realizar en la presente investigación. Desde la cimentación de un método de estudio analítico, el cual fue empleado para realizar la recopilación de las fuentes de información que sostienen la veracidad del estudio, se busca examinar una relación que se encuentra históricamente entrelazada entre los dos ejes temáticos y el objeto de estudio.

El eje uno denominado “Estrategias de conquista social”, se encuentra conformado por los componentes teóricos que brindan sustento al presente trabajo terminal, pues tiene el papel más importante de evidenciar la familiarización del actor político con los siguientes componentes: a) populismo: personificación del poder, la legitimación del poder, el pueblo como unidad y simbolismo y la polarización e intensificación de la división social; b) democracia: cultura, visión política y descomposición; c) nacionalismo: manipulación, símbolos e identidad y, d) anti institucionalismo: límites y autonomía del poder ejecutivo. Por su parte, el segundo eje “Episodios históricos”, abarca los acontecimientos suscitados desde el siglo XIX hasta la actualidad, teniendo la función de establecer una antesala que evidencia patrones predominantes dentro de la teoría antes explicada en el primer capítulo.

En busca de analizar la relación entre ambos ejes posicionamos el análisis en los momentos clave de la trayectoria del actor político a estudiar. De tal forma que, el papel de Andrés Manuel López Obrador se encuentra determinado dentro de estas líneas por tres hitos históricos que marcaron la vida pública del México contemporáneo:

1. Desafuero político y jefe de gobierno de la Ciudad de México del 2000 hasta el 2005.
2. Fraude electoral y proclamación como presidente legítimo en el año 2006.
3. El Obradorismo y la época de la Cuarta Transformación (2018 – 2024).

Dentro de estos tres momentos se focaliza el papel de un personaje altamente carismático que se ha enrolado astutamente dentro del juego político,

resultando múltiples escenarios que conjugaron una serie de características que se encontraban históricamente compactadas dentro de un imaginario social sometido por el yugo hegemónico, socialmente cegador y económicamente paliativo. Siendo así como, el encanto, la persuasión, la manipulación y la seducción que se encuentran presentes dentro del simbolismo emanado de la figura de Andrés Manuel López Obrador ha logrado mover masas de una forma increíble.

La cruda realidad que se vive dentro del dinamismo social crea y prolifera una condición de desigualdad económica como se viene mencionando desde el segundo capítulo al hacer referencia de las condiciones sociales que se mantienen constantes en la sociedad mexicana desde el siglo XIX. Donde, claramente la distribución del poder ha resultado ser marcadamente asimétrica y bimodal, esto lo podemos notoriamente percibir dentro del periodo porfirista, pues el círculo de la élite gubernamental acumulaba riquezas, centralizaba el poder político y fortalecía el personalismo del papel del Estado en un solo individuo.

El dominio de la minoría que conforma la élite gubernamental y política se comienza a distinguir del resto de la población en múltiples variantes. Sin embargo, a pesar de que la desigualdad en materia económica es un rasgo totalmente distinguible, el cual ha tenido como resultado desencadenar rezagos en las dimensiones que conviven juntas en el camino al desarrollo de un debido progreso social, lo que más nos interesa analizar es que derivado de dicha condición resulta una deficiencia generalizada en el resto de la población en lo que compete al escrutinio intelectual.

Ante esta situación, concordamos con lo que menciona Smith (1981) sobre las cualidades de superioridad que se le atribuyen a la élite del poder “superioridad moral e intelectual”, debido a que dicha condición acentúa una vulnerabilidad presente en la individualidad del estrato social más bajo, pues se encuentra debajo de un sometimiento esclavista y cegador que conlleva la misma supervivencia moderna. Se encuentra nublada la visión solidaria de la colectividad, pues se destaca más la individualidad, se prolifera más lo privado.

Lo privado, lo individual o lo propio se enajena y se compatibiliza con la realidad material en el que pesa más la imagen que se ha creado del hombre moderno o, en este caso del ciudadano, en donde si no se produce no se genera valor y, por tanto, no se vive. El espíritu colectivo ha pasado a segundo término dentro de un dinamismo social que exige desarrollar capacidades y sentimientos que interrumpen la genuinidad de las intenciones que apuntan al bien colectivo. Sin embargo, solo las revoluciones sociales han removido los sentimientos pertenecientes a la individualidad logrando generar cohesión social, empero dichos movimientos han sido desencadenados no solo por un cúmulo de sucesos y actitudes correspondientes a un débil contexto social, sino que la iniciativa de estos proviene de actores, o en este caso, de un actor político que logra compactar ciertos valores en común sensibilizando el sentido de unanimidad y de supervivencia.

Recordando lo que dice Durkheim (1982) sobre que la colectividad tiende a desencadenar un sentido de unipersonalidad moral superior a las personalidades particulares, demuestra que la unanimidad logra superar el egocentrismo del ser individual que se desprende en un sistema capitalista. Dicho sentimiento es aprovechado por estos actores políticos, como lo ha hecho Andrés Manuel López Obrador, pues dentro de un contexto social que ha sido históricamente lastimado por constantes divisiones se genera una relación intrínseca a partir de la familiarización de un sistema de costumbres o de valores en un solo individuo que logra revivir al menos, discursivamente el espíritu de la solidaridad social.

A partir de lo anterior, es imprescindible comenzar con el análisis de los tres momentos clave del Obradorismo en los cuales, desde la comprensión del estado en el que se encuentra la sociedad moderna mexicana, se busca examinar la influencia que ha tenido dicho personaje dentro del imaginario social.

3.1 Primer momento: desafuero político y jefe de gobierno de la Ciudad de México del 2000 hasta el 2005.

“Sobre una lucha contra un régimen autoritario, solo hay tres caminos: uno es el de las armas; otro, la resignación y la aceptación de la esclavitud sin grilletes; la

posición intermedia es la que estamos asumiendo: la del movimiento pacífico, la resistencia civil.” (Andrés Manuel López Obrador citado en Moisés García, 2007: 4). A partir de la cita textual referenciada podemos describir el tino que desde sus inicios AMLO apostó por tener sobre su carrera política, pues la construcción de un camino que resaltara las debilidades del sistema político fue basto para engendrar un sentimiento de resignación colectiva en donde solo existían tajadamente tres vías que se describen mejor de la siguiente manera: 1) a pesar de que existiera la posibilidad de un levantamiento en armas de la sociedad, una represión colmada de eventos catastróficos sería la respuesta de la hegemonía política ante cualquier tipo de revuelta social; 2) “resignación y esclavitud” por aceptar una responsabilidad implícita de ser cómplices de un régimen socialmente opresor y desigualmente económico y, 3) a pesar de que Andrés Manuel López Obrador autodenominaba su movimiento como un “movimiento pacífico[...]”, se construía un antagonismo general que, a través del discurso, lastimaba a la misma estructura social, pues se comenzaba a afincar una división históricamente latente que no permitiría en ningún momento la reconciliación.

La jefatura de Andrés Manuel López Obrador fue el comienzo de una trayectoria políticamente fuerte en el que no solo se creó una simpatía poblacional, sino que precisamente 2003 fue el año en el que el ex jefe capitalino inauguró el segundo piso del Periférico Sur, dando por estrenado el comienzo de sus magnas obras, o como los conocemos actualmente sus “megaproyectos”. Así como en un inicio del presente sexenio imperaba la glorificación a ciegas, en dicha inauguración AMLO fue acompañado por decenas de miles de simpatizantes, mientras que los opositores buscaban desaforarlo lo más pronto posible, debido a que las elecciones del 2006 se avecinaban y, lo vislumbraba como una potencial amenaza. Dentro de este tipo de escenarios, podemos observar lo que denomina Goffman (2001) como el término «actuación» para referirse a toda actividad de un individuo que tiene lugar durante un período señalado por su presencia continua ante un conjunto particular de observadores y que posee cierta influencia sobre ellos. AMLO ha sido consciente de que las miradas están situadas en él debido a que la atención de los individuos conceptualiza una idea surreal que han depositado en su imagen. De tal manera que, realmente conoce que lo observan, por lo que se siente en la plena libertad

de estudiar hasta qué punto sus simpatizantes son capaces de favorecer y acatar todas sus inclinaciones.

Actuando desde una manipulación perceptual que convierte incluso las ocasiones menos importantes en focos de discusión, se hace exaltamiento de la libertad donde se eleva el pensamiento de este personaje que logra inspirar naturalmente. Este tipo de manipulación social es la herramienta habitual por la cual se proponen grandes personajes para lograr que la humanidad se someta más fácilmente a su autoridad y gobernar bajo sus indicaciones de acuerdo con su propio placer. Apostar por la conquista social es una herramienta fundamental para la realización de los proyectos o ideales que tiene el líder carismático como propósito a alcanzar, pues la sociedad que es sutilmente manipulada es un vehículo seguro que puede permitir atropellos incluso a la misma soberanía nacional bajo el argumento de que un solo hombre representa los ideales de todos los individuos.

Cuando se suscita el proceso de desafuero se vive una construcción discursiva en el que los “detractores” del buen gobierno buscan arruinar la trayectoria de un hombre honesto. Sin embargo, las declaraciones de la misma oposición contribuyeron al reforzamiento de dicha idea que desencadenaría un antagonismo histórico, herramienta principal del Obradorismo.

Lo que compete al proceso de desafuero político, según el artículo 38 de la CPEUM citado anteriormente en Moisés García (2007) nos habla que, cuando un ciudadano está sujeto a un proceso criminal, se le suspende su derecho a participar como candidato en una elección popular. Este era el objetivo primordial de la oposición, pues recordemos que, según la versión del Reforma (citada en García Bartolo, 2007), se tenía internamente pactada la fecha del proceso de desafuero que se le avecinaba al ex jefe de Gobierno. Ante esta situación, el presidente actual recurre a la construcción de un discurso que evidencia la rivalidad y el desdén en su contra, vociferando abiertamente que dicho juicio había sido orquestado debido a que se veían amenazados intereses y privilegios de por medio. Siendo así como se crea una nube polarizadora encima del proceso legal que logra nublar, de cierta manera, la veracidad del juicio, permitiendo aprovecharse de la debilidad ideológica de la sociedad mexicana.

La relación estrecha que se vinculó con el mandatario demostró lo que nos menciona Peters y Pierre (citados en Dussauge & Aguilar, 2021) sobre que a ciertos líderes de gobierno se les atribuye la característica distintiva de poder que implica la comprensión de las necesidades del pueblo en comparación con otros políticos tradicionales.

El proceso de intento de desafuero se vivió dentro de un sexenio -Vicente Fox- que se caracterizaba por los altos índices de emigración a Estados Unidos, escapando miles de ciudadanos de hambre y violencia. Esto nos habla de una estructura social que aleja marcadamente a los individuos de los asuntos públicos, pues la inseguridad, la violencia política y las movilizaciones sociales se hicieron presentes en un contexto gubernamental pernicioso que solo permitía al mexicano común velar por sus intereses privados para sobrevivir, arrojando en último término el lado político. Por lo que, la aparición de un evento de tal calibre generó que se estremeciera el conjunto social permitiendo vislumbrar las bases populistas del actuar Obradorista.

Se conocieron las debilidades de la sociedad, los problemas político - sociales que lastimaba la tranquilidad individual, se remarcó el antagonismo político permitiendo los inicios de una polarización marcada y se recurrió al apoyo social como bandera blanca que llamaba a la unidad, todo englobado en un solo individuo que moralmente representaba la voz del gobierno justo.

“Llevar la política al pueblo y llevar el pueblo a la política” es una frase antes referenciada por Urbinati (2015) cuando se establece qué es el populismo, la cual consideramos que se vivió a viva voz en lo que fue la congregación de más de 300 mil personas que se convocó en apoyo del ex jefe gobierno y que, horas más tarde dentro del Palacio Legislativo la emisión de un discurso sobrecoge a la sociedad mexicana tras las siguientes declaraciones:

“Quienes me difaman, calumnian y acusan son los que se creen amos y señores de México, son los que en verdad dominan mandan en las cúpulas del PRI PAN, son los que se manejan el

truco de llamar populismo y paternalismo a lo poco que se destina en beneficio de las mayorías, pero nombran fomento o rescate a lo mucho que se entrega a las minorías rapaces, son ellos los que tienen mucho miedo a que el Pueblo opte por un cambio verdadero [...]. Por eso, con seguridad y firmeza desde esta tribuna, aunque no sea la máxima tribuna, acuso al ciudadano presidente de la república Vicente Fox Quesada de estos procedimientos deshonorosos para nuestra incipiente democracia. Lo acuso de actuar de manera facciosa con el propósito de degradar las instituciones de la república, acusó también por complicidad al presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, Mariano Azuela [...]" (Andrés Manuel López Obrador, 2021, 2min30s:5min55s)

A partir de las líneas anteriores, podemos ver que se rompió una relación discrecional en lo que compete lo privado y lo personal dentro de un proceso penal. Recordemos la paradoja de lo privado y lo público, donde situamos en el primer capítulo que la idea de ciudadanía está en el conjunto de valores y supuestos del individualismo, en la que el ciudadano es un individuo que vive obligado a atender su supervivencia como individuo privado y, a su vez, vigilar por el bien común (Fernando Escalante, 2012). Por lo que, se rompe dicha discrecionalidad individual apuntando el tema a la población como un problema nacional en el que no se argumenta ni se debate en términos jurídicos la culpabilidad del acusado, sino que se delibera abiertamente la falsedad del juicio y la maliciosidad por la que fue enjuiciado que, en este caso, *"la manera de pensar y de actuar y por lo que pueda representar junto con otros mexicanos para el futuro de la nación"* (Andrés Manuel López Obrador, 2021, 2min 21s).

Siendo así como, en el presente episodio se hace un uso evidente de la polarización y la división social, las cuales pesaron por encima de las leyes y las reglas mediante una colonización de la razón en el que el líder conquistó una moral superior al de las élites que lo acusaron, concediendo a AMLO una ventaja social por encima de los políticos tradicionales. La simplificación entre dos polos opuestos marcó una relación que, históricamente se encontraba distanciada, lo que a su vez la problematizó haciendo suya la solución debido a la creación de

una ruptura artificial y constantemente tensa, que solo podía solventarla un individuo que conocía y defendía las carencias del Pueblo.

Tras un discurso que proclamó delante de una numerosa multitud en las calles del Centro Histórico, AMLO fue aclamado por sus simpatizantes dando paso a una de sus características que lo han distinguido dentro del sexenio actual: ofrecer conferencias de prensa. En aquel lejano 2004, se comunicaba desde la puerta de su departamento en Copilco todos los días, mientras que sus partidarios montaban guardia a toda hora (García Bartolo, 2007). La emisión de mensajes contundentes a través de una vía tan simple, como la puerta de su hogar, permitió crear un vínculo de fraternidad en el que el mandatario busca reflejar la simpleza de su actuación política, en la que expone una aparente sensibilidad donde nada de lo que es común le es ajeno.

Posterior al detonador discurso que emitió el ex jefe de gobierno, continuamos con el desenlace del altercado político en donde cabe resaltar que no es encarcelado ni llevado a proceso, abriendo así, una ventana de oportunidad que permitió afianzar su relación con la sociedad. Esta fue aprovechada por el mandatario, siendo así como a partir de abril del 2004, Andrés Manuel se dio a la encomienda de emprender una gira estatal que le consintiera el compromiso social de explicar a la población la situación acontecida.

Las giras estatales han sido un recurso de acercamiento social que se viene empleando desde la época del Cardenismo, donde en el presente estudio citamos a Hamilton (1983) con el objetivo de exponer el estilo personal de gobernar de Lázaro Cárdenas, el cual para centralizar su control se desenvolvió como un individuo inmediatamente accesible a la gente. A través de giras preelectorales y presidenciales hasta las zonas más remotas del país, las cuales fueron seguidas con frecuentes y extensos viajes que se suscitaron durante todo su gobierno buscó el contacto directo con las diversas regiones del país enfatizando en su población (sus problemas y sus necesidades). Esta dinámica es retomada, bien estudiada y ejercida por Andrés Manuel López Obrador, el cual recorrió nacionalmente las voces de los ciudadanos, adjudicándose el

mismo patrón de Cárdenas. Ante estas acciones, cabe, igualmente, recordar la aportación de Simmel (1981) que nos habla del poder de familiarización que logran cimentar los pasos infinitamente pequeños creando conexiones que forjan una unidad histórica y, que las acciones recíprocas de persona a persona, igualmente poco apreciables, establecen la conexión de la unidad social [...]. En este caso, a pesar de que las mismas acciones de AMLO fueron sintéticamente apreciables, el simbolismo que emanaba desde dichas acciones no fue percibido por toda la población, pues en la actualidad observamos que desde sus inicios no se esperaba un alboroto fuertemente colectivo.

Recuperando la idea de populismo de Laclau (citado en Urbinati, 2015), el cual lo conceptualiza no sólo como una simple acción política o como un estilo de discurso, sino que lo relaciona con la democracia misma, puesto que le brinda un rol protagónico a la clase trabajadora o la gente común. Es por eso que, la efervescencia que se vivió dentro de este primer momento, no solo radica en que más de un millón de personas llenaron a basta capacidad el Zócalo Capitalino o las calles del Centro Histórico, sino en que la población mexicana encapsulada en la unidad conceptual denominada Pueblo comenzaba a emanar fuertemente su apoyo y su confianza depositada en la imagen del desaforado.

3.2 Segundo momento: fraude electoral y proclamación como presidente legítimo en el año 2006

Tras las fuertes declaraciones del tabasqueño que fueron emitidas en su proceso de juicio de desafuero, se avecinaban las elecciones del 2006 en las que Andrés Manuel López Obrador se pintaba como un candidato altamente aceptado dentro de la sociedad mexicana. Sin embargo, los resultados que se emitieron post votaciones declararon como presidente a Felipe Calderón Hinojosa con una diferencia relativamente mínima.

Recordemos que, dentro de este periodo se vivía una era de cambios sociales y políticos en la cual se jugaba el triunfo electoral entre solo tres opciones: 1) regresar a la hegemonía priista; 2) continuar con la mal llamada “transición democrática” y, 3) el camino izquierdista que manifestaba profesar Andrés Manuel, al cual todavía la población no se encontraba preparada, pues la historieta populista era mal vista por las altas corporaciones y la política tradicional, provocando miedo en el sector poblacional más vulnerable.

La composición social en la que se encontraba la sociedad mexicana en el 2006 no era diferente a la que ha sido históricamente constante en nuestro país. Recordando lo antes escrito en el capítulo dos, la debilidad estructural de la sociedad mexicana imperaba debido a la falta de unanimidad en las ideas, lo que desencadenaba una nula concordancia en los planes a futuro para nuestro país arrojando a México a una situación de latente vulnerabilidad. Sin embargo, lo que caracteriza a la época de los dos miles es el llamado periodo de transición a la democracia tras un régimen políticamente autoritario del Partido Institucional Revolucionario (PRI).

En un México de condiciones de democracia consolidada, la elección y el proceso electoral acaecido en aquella época no debió de haber sido motivo de preocupación y alteración para la ciudadanía en general. Empero, AMLO, el candidato perdedor, exhibió las irregularidades del proceso electoral demostrando una desigualdad de condiciones entre los candidatos, destacando la injerencia del ex presidente Fox y el despilfarro económico en propaganda

destinada al desvirtuamiento de su imagen, con el fin de generar una repulsión por parte de la comunidad empresarial ante un candidato de calibre populista.

Desde los años ochenta se presentó una marginalidad electoral caracterizada por un dominio total y único en el que el triunfo era dominado por las esferas del poder del partido hegemónico PRI. Por lo que, en los noventa se crea el Instituto Federal Electoral (IFE), hoy conocido como Instituto Nacional Electoral (INE) con el propósito primordial de contener las fuerzas opresivas, siendo así como existiera un instrumento de control y pacificación de las elecciones. Esto con el fin de igualar las posiciones entre candidatos y se ampliará tanto el conocimiento electoral como la confianza y la veracidad del proceso para todos los ciudadanos.

La remembranza de la creación de una institución tan relevante y representativa nos hace remontarnos líneas arriba a la fidelidad del espíritu normativo de estas mismas. Por lo que, citando a Douglas C. North (1993) , el nacimiento de las instituciones surge con el objetivo de establecer y resaltar las reglas implícitas presentes dentro del juego social. Estas se vuelven, en un sentido normativo, las limitaciones ideadas por el hombre que brindan cuerpo a la interacción humana. Por lo que, el rol de las instituciones significa un tipo ideal de praxis entre las instituciones y el ciudadano, ya que se establece un sentimiento de lealtad que va del individuo hacia las instituciones políticas bajo la forma del Estado teniendo como objetivo mutuo la preservación del Bien Común.

Sin embargo, retomando los resultados negativos de la Encuesta USAL-Colmex 2009 - 2011 (Marti, 2012) podemos observar que se establece una clara desconfianza hacia las instituciones, sentando que dicha actitud puede provenir -así como por otras razones- de la importancia que se le brindó a la elección del 2006, pues, esta es históricamente recordada como el sorpresivo triunfo de FECAL como presidente institucionalmente aceptado, pero no socialmente legitimado.

Históricamente conocemos este triunfo como fraude dentro de una dinámica electoral vigilada por las instituciones electorales autónomas

correspondientes, pero la sociedad lo recuerda desilusionada con los vivos gritos de la ensordecedora proclama “voto por voto, casilla por casilla”, en donde el presidente actual debió haber sido el vencedor.

Ante el amañado e inesperado triunfo de la fuerza de la “transición democrática”, Andrés Manuel López Obrador tuvo oportunidad de sembrar e intensificar un sentimiento de desconfianza generalizada dentro del imaginario social, pues dicho episodio reafianzó la veracidad de sus declaraciones.

Desde la proclamación de un discurso en el que se abolía deliberadamente el triunfo del presidente panista, buscamos destacar claramente las siguientes palabras del mandatario:

Es un fallo del Tribunal Electoral del Poder Judicial Federal, desconozco a quien pretende ostentarse como titular del poder ejecutivo, sin tener una representación legítima y democrática, el pueblo tiene derecho en contestarle a establecer el gobierno que más le convenga, a alterarlo, modificarlo y a abolirle totalmente cuando su felicidad lo requiera. [...] **¡Al diablo con sus instituciones!** (Jorge Villalpando Castro, 2014, 0min13s:0min45s).

Dicho discurso acentúa un odio marcado al papel de las instituciones que, en este caso, se enfatiza en el rol que desempeña el antes denominado IFE. Además de dicha declaración dada, se le agregan más frases en las que se recopila su fuerte postura anti institucional:

“Nunca reconoceré a Calderón como el presidente legítimo de México” (Andrés Manuel López Obrador, citado en Gustavo Emmerich, 2007).

“[...] Es un traidor de la democracia” refiriéndose a Vicente Fox. (Andrés Manuel López Obrador, citado en Gustavo Emmerich, 2007).

La retórica aquí empleada se asocia con lo que hemos establecido previamente con Dussauge & Aguilar (2021) al hablar de que el movimiento populista moldea el papel de las instituciones según sean los fines del gobierno, ya sea posicionarlas a un lado (sideline), empoderarlas (empower) o usarlas para fines políticos. En este caso vemos un uso meramente político que apuesta

nuevamente a la polarización, naciendo una rivalidad social entre la fidelidad y la honestidad de las instituciones y el querer del Pueblo.

La proclamación de presidente legítimo se asemeja al pasaje histórico de la era caudillista, en la cual selectivos personajes contaban con el carisma suficiente para generar movilizaciones sociales a través de la difusión de sus propósitos. Recordemos que, la fuerza del caudillismo surge desde una inestabilidad política que enfatiza la dispersión entre los poderes que hoy sujetan el autoritarismo político. El caudillismo aparece en un periodo revolucionario en el que cada uno se atribuía como un “verdadero revolucionario” y lograban adquirir autonomía y fuerza. Por lo tanto, el presente momento se asimila a la modalidad caudillista debido a que AMLO logró auspiciar la organización social para que ésta dependiera de ella y de su proyecto de nación.

En buena parte el discurso aspiracional del caudillismo se aprovechaba de la vulnerabilidad social que devino de los tiempos posrevolucionarios. En dicho periodo se presencié, como lo expone Hamilton (1983) en líneas arriba, que las concesiones capitalistas porfiristas continuaron imperando en el nuevo régimen, ocasionando que la división de clases fuese aún más marcada. De esta manera, se explica la importancia que se le brindó al desarrollo de personaje que obtuvo AMLO dentro de este episodio, pues la composición social permitió la aceptación de dicho discurso como proclamas de verdad.

Es así como, a lo largo de la historia política mexicana la presencia de un ente o entes dominantes en la vida social han logrado distorsionar la percepción ciudadana. Estos personajes actúan desde la concepción de la vulnerabilidad social, cautivando diversos valores con el fin de encontrar afinidad social con la población más frágil. En la época plena del caudillismo, el contexto social se ve encerrado por la inestabilidad política, emanada desde la construcción de un México independiente post el paso de la revolución, en el que la definición del Estado era fundamental para vislumbrar el rumbo de la nación. Sin embargo, la situación que se vivió en el 2006 no tenía distinciones relativas a las condiciones pre y post revolucionarias, pues la cosmovisión continúa siendo obstruida por las desigualdades y las irregularidades que brinda el sistema a la población.

Siguiendo su construcción retórica, Andrés Manuel López Obrador idea y lleva a cabo un acto simbólico que invalida la resolución final del Instituto Federal Electoral moviéndose a la cúspide de la credibilidad social. Es así como a través de la instauración de una resistencia pacífica, el 20 de noviembre del 2006, reúne a una enorme multitud en el Zócalo, donde el llamado a no reconocer el próximo gobierno de Calderón escaló hasta un ritualismo de auto declaración como “presidente legítimo” formando un “gobierno en la sombra” (Emmerich, 2007).

El control ideológico que emana desde el presente momento se relaciona con la existencia de los marcos de referencia establecidos por Goffman (2001), a través de los cuales la población construye su realidad y se desenvuelve conforme a estos, pues se instalan como guías de la convivencia colectiva y de la individualidad dentro del dinamismo social. Ante dicho momento, rescatamos las ideas de Goffman (citado en Amparán, 2018), las cuales nos hablan que los individuos enfocan su atención en los signos utilizados en el ritual debido a que los grupos forjan sus identidades vía marcos de la memoria colectiva (mitos, rituales, símbolos). Por consiguiente, la idealización que provocó el rito que involucró la proclamación de presidente legítimo, es estudiada como una construcción del futuro con datos tomados del presente (fraude, fatídica transición democrática y descontento generalizado hacia las instituciones), y preparada con reconstrucciones realizadas de épocas anteriores (movilización social que despertó desde el proceso de desafuero 2005).

De esta manera, apreciamos el inicio de la construcción de una identidad colectiva a través de las presentes narrativas y tradiciones con la finalidad del líder de otorgar a sus miembros un sentido de comunidad y mantener los lazos que los mantienen unidos. El colectivo o el grupo social Obradorista es una comunidad imaginada desde los mitos que se encarnan en las referencias históricas, los rituales que invocan grandes multitudes a escuchar las palabras del líder y los símbolos que se manipulan y adjudican jugando el rol de vehículos de la memoria colectiva. Siendo así como, identificamos que las consecuencias de las interacciones ritualistas de dicho momento, como lo son el enaltecimiento del presidencialismo legítimo, el llamado a una insurrección y la propaganda

nacionalista, consisten en moldear los comportamientos de los actores (en este caso la ciudadanía).

Este tipo de rituales produce y reproduce en los individuos los sentimientos morales que buscaba el líder populista resaltar e inspirar en su población. De esta manera, el mundo físico y mental de los individuos se ve poblado con objetos que simbolizan una única identidad construida por las intenciones de AMLO. Siendo así como, mediante estos símbolos la población mexicana se vio obligada a definir estrictamente hacia dónde debía dirigirse en busca de apoyo (resaltando el estrato social más bajo), y en donde ubicar los centros de poder que debían respetar (proyecto Obradorista).

Continuando la intensificación del ritualismo Obradorista, Andrés Manuel empezó a recorrer el país en el 2009, donde buscaba dar a conocer su “Proyecto Alternativo de Nación”. A diferencia del discurso que venía manejando AMLO dentro del presente momento y el anterior, este buscó darle la vuelta apostando por un mayor apoyo del sector intelectual, el cual coadyuvó con la propuesta de integración del gabinete, esto con el fin de demostrar una moderación discursiva y una reconciliación con el sector empresarial y las clases medias, pues el gabinete que presentaba era conformado por “expertos” considerados así por el mismo mercado.

3.3 Tercer momento: El Obradorismo y la época de la Cuarta Transformación (2018 – 2024)

El último momento está plagado de pragmatismos simbólicos que marcaron el comienzo de una era que, desde la perspectiva de López Obrador, se trata de una fase de “revolución de las conciencias”. Dentro de la cual se vive el levantamiento electoral en todo su fervor, pues el apoyo al candidato morenista rebasó por una enorme diferencia a sus antagonistas del PRI y PAN.

Al igual que en los dos episodios anteriores el contexto social, económico y político del país se encuentra latentemente desangrado, pues tanto en los sexenios de Vicente Fox, Felipe Calderón y Enrique Peña Nieto (EPN) estuvieron envueltos en escándalos de corrupción, propaganda negra, reformas estructurales que vendían lo mucho de la patria a la minoría bajo la idea de “progreso”, abusos de poder desmesurados que cobraron vidas de inocentes (la mal llamada guerra contra el narco o los 43 de Ayotzinapa), el peculado económico y la adjudicación del destino de los apoyos económicos.

Antes de empezar con el análisis de los puntos clave acaecidos en este último momento cabe recordar que, el arduo camino hacia la presidencia buscado en tres ocasiones incluyó la creación de un partido único bajo la idea de un movimiento. Con la creación del partido del presidente actual, Movimiento de Regeneración Nacional (MORENA) a finales del 2011, el lopezobradorismo dio el primer paso hacia la institucionalización. En un acto de fundación simbólica, encabezado por López Obrador, el líder del movimiento expresó (López Obrador en Muñoz y Méndez citado en (Cárdenas-Eguíluz y Moreno-Hernández, 2023):

“Morena es ahora una asociación civil para transformar la vida pública del país...por la vía pacífica y electoral, luchemos por la regeneración nacional”.

Es así como el movimiento adquiere formalmente forma y fondo posicionándose como una alternativa a los partidos tradicionales, empero dicha consolidación institucional atañe a la misma táctica que usó Cárdenas en los años cuarenta. El cual, según lo explica Hamilton, logró rentar la idea de un proyecto de nación como su plataforma de campaña en donde reafirmó el

concepto constitucional del Estado intervencionista activo, propugnó la integración económica a nivel nacional e incluyó a varios de sus promotores en sus gabinetes.

Como hemos analizado, la rentabilidad del proyecto de nación del Obradorismo envuelve a un innegable simbolismo que emana desde el protagonismo de Andrés Manuel, el cual se encarga de tomar las decisiones dentro del Movimiento de Regeneración Nacional. La imagen de AMLO pesa como uno de los políticos más carismáticos en la historia del México moderno, pues ha sido legitimado dentro del mismo partido por sus integrantes al considerarlo como una “persona extraordinaria” logrando imponer en la organización su propia visión de la política (Pérez-Verduzco, 2019). Dicha estimación colectiva dentro del partido, establecemos que afirman la personalización del poder que conlleva la imagen de AMLO, pues internamente se ha jerarquizado el control del partido.

Dicha jerarquización deviene en relaciones internas que buscan resaltar dentro del movimiento-partido con el fin de obtener un escaño político. Ante esto, surge un cierto compadrazgo político que durante los primeros sesenta años de vida independiente de nuestro país se pudo percibir. Las relaciones entre los integrantes de MORENA y su líder tornaron a ser igual de turbias que en las épocas del Porfirismo y Cardenismo, pues toda grandeza y poder conlleva a buscar cómo mantener dichos lazos unidos dentro de un ente intangible que radican ser los partidos políticos. A pesar de que se distinguen muy sutilmente los contextos político - social de los gobiernos de Cárdenas y Porfirio Díaz encontramos similitudes con el actual gobierno, pues en los tres, para centralizar el control en manos de sus “asociados de confianza” adoptaron numerosas formas de asignaciones o nombramientos políticos. De tal manera, con el fin de tener el control de la mayor parte de los puestos políticos nacionales, los tres personajes emplearon el uso de los nombramientos especiales para recompensar a quienes los apoyan o como medio para cooptar a sus oponentes.

En el sexenio actual hemos presenciado la creación de nuevos departamentos o, el establecimiento de novedosos roles políticos que fueron creados y ampliados con personal de confianza. Un ejemplo son los llamados

“superdelegados” o los “servidores de la nación” a los cuales se les confirió responsabilidades específicas para importantes, programas o reformas (entregas personales y diligencias de los trámites sobre apoyos económicos o la misma planificación de las campañas del Covid-19).

A pesar de las relaciones marcadas que López Obrador ha desarrollado con los miembros de su partido, la concepción fiel que se tiene sobre el actuar Obradorista se mantiene relativamente estable. Pues desde el inicio de la lucha en las contiendas electorales (2006, 2012 y 2018), el presidente apostó no sólo por la polarización excesiva de las masas, sino también, por la cohesión social en un solo concepto que engloba a cierta razón social colectiva.

La exaltación de la unidad del Pueblo ha sido un recurso no sólo discursivo, sino realmente significativo dentro del Obradorismo. Establecer qué es el Pueblo o quiénes conforman el Pueblo ocasionalmente resulta ser una tarea abstracta, sin embargo, para el presente estudio conceptualizamos al Pueblo como un ente intangible, de uso retórico, pero de composición amplia en el que se enjaulan principalmente a los estratos sociales más marginados y olvidados y que, mantienen una dependencia estrecha con el líder en cuestión.

“El Pueblo es bueno y sabio”

Citando nuevamente a Dussauge & Aguilar (2021), vemos que dentro del Obradorismo la edificación del concepto “Pueblo” es una parte sustancial de la fidelidad del movimiento. Por tanto, se le ha conferido una pureza de entera sabiduría y bonanza con una moral superior, el cual es únicamente comprendido por el líder que conoce la voluntad y los reclamos de este ante una contraparte denominada “élite” conformada por corruptos, perversos y lejanos individuos, “detractores de la unidad”.

“Con el Pueblo todo, sin el Pueblo nada”.

De igual manera, la legitimidad del gobierno actual se intensificó desde la creación de los escenarios polarizados que le permiten al Pueblo juzgar y establecer su posición. Dicha frase refleja el uso y la manipulación del ente Pueblo con la cual se busca afianzar un actuar personal con propias

inclinaciones y objetivos inmersos en lo que se le atribuye como la “voluntad del Pueblo”.

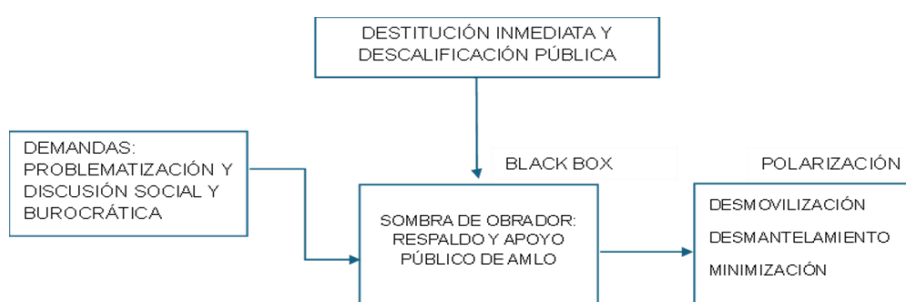
Es así como, nuevamente el uso de una retórica estupendamente marcada por el tabasqueño en el que se crea una contraposición social de “conservadores” o “detractores de la nación” contra el “pueblo bueno y sabio” simplifica, como diría Urbinati (2015) relaciones sociales generando polos opuestos e irreconciliables y abonando la posibilidad de una profunda cohesión de las masas en contra de las élites existentes bajo una narrativa encarnada desde la personificación de Andrés Manuel López Obrador.

“90% honestidad y 10% capacidad”.

Es la frase conmemorativa que ha utilizado el gobierno actual para referirse al desempeño y la composición del partido MORENA, el cual ha pesar de haber sido edificado por su creador como un movimiento, en la praxis partidaria ha roto con su mayoría calificada en numerosos acuerdos que la sociedad “tecnócrata” o incluso, el mismo ente del Pueblo demandan. Se han entorpecido y obstaculizado los procesos, se han cerrado a diálogos comunes y han dado la espalda a la discusión y la problematización de la realidad política - social del país bajo la sombra de una verdad inexistente que los protege, la verdad Obradorista, la cual bajo la palabra e imagen de AMLO encapsula todo reclamo y la redirige a la población desde otra narrativa.

Dicho fenómeno al representarlo gráficamente quedaría de la siguiente manera:

Gráfico 1. Verdad Obradorista



Fuente: elaboración propia

La sombra Obradorista que acobija a los militantes del Movimiento de Regeneración Nacional encubre ciertas anomalías presentes en sus capacidades. Este fenómeno de protección cae en la incredibilidad histórica de la fiabilidad del movimiento, tanto en la renombrada honestidad como en la capacidad de los morenistas. Ante esto, surge un doble sentido que se ve afectado por su misma discrecionalidad, en el que se desdibuja la concepción del movimiento por se debido a que se han antepuesto intereses personales por encima del bien común que propugnaban proteger y luchar a favor del Pueblo que representan.

Al expresarse en un inicio como un movimiento social de carácter izquierdista se cimentaron valores muy altos que no se pudieron cumplir en la consolidación institucional, y si en su defecto se instauraban formalmente como un partido, perderían los remanentes de su carácter popular. Como históricamente lo conocemos, el descenso e incredibilidad de la izquierda han sido sus mismas contradicciones presentes en su propio discurso ideológico, lo cual ha ocurrido dentro de la dinámica morenista. A pesar de que el Movimiento abogaba por la defensa de los más desprotegidos, permitía la rebelión social, buscaba la igualdad de la minoría y profanaba la anticorrupción política, en la realidad partidista las cosas han sido diferentes. Ha distado considerablemente la ideología discursiva a comparación de la práctica, quizá sea porque la institucionalización del movimiento suavizó la radicalización Obradorista lo que inspiró la creación de MORENA, empero consideramos que se han desarticulado y desvirtuado los principios de un presunto movimiento que nunca se ratificó como tal.

A lo que nos referimos es a la equívoca categorización del partido MORENA como un movimiento de tinte popular y regeneración social desde sus inicios, lo cual explica su hipocresía política. El Movimiento de Regeneración Nacional, más que ser un movimiento creado por y para el pueblo, se ha instruido en un sentido negativo referente a la maquinaria populista que, solo utilizó como vehículo viable a las masas semi organizadas con el propósito de legitimar un “proyecto” de nación que ha demostrado ser anti institucional, que ha reproducido las mismas prácticas de compadrazgo y asignación política de los antiguos gobiernos y que ha intensificado la corrupción gubernamental.

Básicamente, dicho movimiento - partido muestra una doble cara ante una sociedad que ha sido conquistada (erosión electoral) y luego, abandonada (dádivas económicas, pero no reformas estructurales, como laboral o fiscal).

Ante dicha situación, hemos presenciado numerosos actos que involucran designaciones y destituciones al vapor de integrantes de MORENA en los puestos políticos, lo cual confirma la doblez partidista que emana desde el exponente principal del partido: AMLO. La política partidista e institucional de AMLO, tanto como creador y presidente de la República, ha pesado lo suficiente para re instaurar mecanismos de la política arcaica mexicana. El sexenio actual, no dista en demasía de sexenios anteriores, pues ha estado impregnado por apatía burocrática, corrupción y una marcada centralización del poder.

Así mismo, como lo expone Hamilton (1983), al igual que el gobierno Cardenista, el actuar de Obrador se ha basado en la centralización del control político en manos de asociados de su partido, donde la veracidad del actuar político recae fielmente en la confianza que el presidente deposite sobre sus asociados recalando una dicotomía marcada entre dos bandos de absoluta y relativa cercanía con AMLO. Por lo que, si se acatan las indicaciones, se mantienen en el radar y continúan bajo el foco del dominio político, sin embargo, si se contraponen a los mandatos del presidente se recurre a la despiadada destitución e, incluso, descalificación abrupta a la que ha recurrido López Obrador (dinamismo del Obradorismo en Gráfico 1).

El fariseísmo que existe como partido y movimiento no solo proviene de la lógica individual que recae de los integrantes de MORENA, sino desde la desmoralización del discurso de Obrador en lo que concierne la praxis actual. La desradicalización de la retórica a la suavización y a la manipulación de la práctica ha recuperado la maliciosidad de la política pasada, pues la capacidad depende del estado en el que se encuentren consolidadas las relaciones internas de los actores morenistas y su relación con Andrés Manuel López Obrador.

“Con el pueblo todo, sin el pueblo nada”

El deseo del Pueblo es el deseo que históricamente ha recogido y compactado el mandatario, por lo que la frase radica en una expresión retórica

que genera en sus seguidores un sentido de identidad que deviene, justamente, de las múltiples manipulaciones que emite el presidente sobre la historia, despertando nuevamente un sentido nacionalista. En este caso, así como se hacía uso de la memoria histórica dentro del ex gobierno hegemónico, AMLO ha remitido a dicha herramienta para generar familiarización con el conjunto social.

El uso del nacionalismo dentro de la corriente del obradorismo ha sido clave para instaurar la idea de su proyecto de nación, donde, así como en el Cardenismo, la referenciación de la historia ha servido para enmarcar y comunicar las ideas de las utopías personales de los líderes hacia sus simpatizantes. AMLO, así como Cárdenas, ha utilizado el recurso nacionalista para dar prioridad a la ejecución de su programa social y económico, bajo supuestos de autonomía y crecimiento igualitario entre las masas más desprotegidas, construyendo una idea de cambio de régimen con la llamada Cuarta Transformación.

La idea de la Cuarta Transformación en México conlleva una carga simbólica e histórica significativamente fuerte, pues esta idea de “cambio nacional” se llevaba orquestando desde el acontecimiento de desafuero político, pues recordemos su famosa frase emitida desde la Cámara de diputados en aquel lejano 2005:

Ustedes me van a juzgar, pero no olviden que todavía falta que a ustedes y a mí, nos juzgue la Historia. ¡Viva la dignidad!, ¡Viva México! (Andrés Manuel López Obrador, 2021, 9min30s: 9min41s).

Dicha frase retumba fuertemente en el archivo discursivo de AMLO, pues buscó iterativamente la valorización de su movimiento a través del uso de la historia como el único juez capaz de valorar sus acciones. La historia como recurso de legitimación social ha devenido en múltiples intentos de conquista, pues, así como en la época revolucionaria, su uso se ha fundamentado en los ideales de la misma: libertad y sobre todo, justicia social.

En el caso del nacionalismo, el personaje principal es el *Pueblo* -al igual que en el populismo- el cual busca tener siempre un objetivo común que, en este caso, ha sido la idealización del rescate nacional de las manos de los que han

ostentado maliciosamente el poder. Esta idea impregnada de pragmatismos ha potencializado la discusión social, pues ha permitido situar dentro de la agenda política y la agenda pública temas sociales que antes eran fácilmente ocultados bajo sombras de embrutecimiento social o simplemente reprimidos por la autoridad. La atención hacia la pobreza, la desigualdad, la meritocracia, la distribución económica y las actividades económicas como el uso del petróleo, las energías renovables o los yacimientos mineros, se han posicionado como ejes temáticos que se han problematizado no sólo como asuntos a resolver, sino como puntos de análisis clave sobre las políticas emprendidas por el Obradorismo. Pues, así como ha ejecutado Andrés Manuel las alternativas o soluciones expeditas, estas también merecen medición y evaluación de alto calibre ante un discurso nacionalista que ha sido todo menos modesto.

En principios del 2018, durante plenas precampañas y campañas electorales hablar de Andrés Manuel López Obrador, para la mayoría de la población mexicana era vincular su imagen con el concepto de patria y, se convertía en un exponente que engloba numerosos sentimientos compartidos dentro del cuerpo social: la lealtad, la soberanía nacional, la honestidad y el amor a la patria. La imagen de AMLO repercutió en una sensación de identidad arraigada que traspasaba las fronteras del país, pues ser Obradorista era -y es todavía para muchos- la empatía colectiva, la sencillez y la generosidad de la gente común, del Pueblo.

La identidad, así como la describe Villoro (1998), son notas duraderas que permiten reconocerse frente a los demás, tales como territorio ocupado, composición demográfica, lengua, instituciones sociales y rasgos culturales, sin embargo, en este caso, radica en la distinción que se ha generado a través de la polarización social. La identidad Obradorista se ha construido dentro de un entorno sumergido en las distinciones ampliamente marcadas. Ser Obradorista es ser fiel a los principios del presidente actual, a la solidaridad colectiva en la cual se prioriza “*primero los pobres*”, buscar abatir la corrupción a costa de una austeridad vilmente racionalizada. Ser Obradorista es una identidad que se distingue frente a la opulencia económica, ser Obradorista es navegar desde grandes simulaciones impregnadas de baños de humildad.

La identidad Obradorista es un constructo social que logra identificar a los seguidores del presidente como los contribuyentes del cambio, como el intento de una concepción levemente izquierdista de la cual se desprende la satanización histórica del concepto para dar paso a un orgullo nacional que involucra la reorientación del camino económico, político y social, aunque en la praxis se corrompa (tal cual ha sucedido).

Es así como, presenciamos nuevamente la manipulación de la percepción de la realidad mexicana, la cual se ha logrado a través del uso de símbolos o de moldes -como lo menciona Knight (2010)- que logran persuadir las convicciones sociales. Goffman (1986, citado en García Peña, 2015) ha establecido que los signos son portadores de información social que pueden ser accesibles en forma frecuente y que son recibidos rutinariamente, igualmente nos indica que el símbolo es un tipo de signo caracterizado por inconclusión, ambigüedad y redundancia. De tal manera, que dicha ambigüedad simbólica también ha afectado el comportamiento de interpretación, pues la construcción de identidad ha servido como explicación de la realidad y como guía de acción, pero principalmente como guía a través del cual se ha plasmado una utopía y se ha dado consuelo a lo votado tras la idea de un verdadero cambio. Por lo que, nos atrevemos a establecer que el mexicano común antes que considerarse un ciudadano creyente en las instituciones, se considera un patriota más desde la concepción Obradorista.

Esto reafirma la nula concepción formal de ciudadanía, lastimando el ficticio camino democrático que se presume desde la llamada transición democrática. Recordando la categorización del conocimiento emitido por Schutz (1974), existen tres tipos: 1) experto: el conocimiento se limita a un campo restringido, pero es claro y nítido; 2) hombre común: conocimiento funcional de muchos campos que pueden no ser coherentes entre sí y, 3) ciudadano: el tipo ideal entre lo que compete al hombre común y el experto. De esta manera, concebimos que en la vida cotidiana el mexicano se basa en el conocimiento del hombre común, en el que sus creencias conforman su percepción colectiva e

individual que, resulta ser nítida debido a que nuestro interés planteado de primera mano es el que nos motiva a actuar.

En la construcción de la utopía Obradorista no solo ha sido necesaria la construcción de antagonismos, la proliferación de los apoyos económicos o la construcción de mega proyectos que legitimen el cambio que se ha buscado construir desde el 2018, sino que también se ha recurrido a la legitimación del papel del ejército en las calles. Este ha sido un recurso o una táctica personal dentro de un gobierno que simulaba ser del Pueblo, para el Pueblo y por el Pueblo. Pues si recordamos el pasado sexenio de Felipe Calderón tendremos presente la desgarradora guerra contra el narco en la cual el despliegue del ejército en las calles solo causó tragedias y disrupciones en la cotidianidad de los mexicanos, ya que los estragos devenidos de dicho episodio reflejaron una estrategia errada y fallida en cuanto a lo que convocó la lucha contra el narcotráfico.

Si bien el gobierno de FECAL tuvo que acudir a estrategias como esta, con el objetivo de buscar aceptación y retener las irregularidades del comportamiento social, el Obradorismo no tenía necesidad de legitimación social a través del uso de las fuerzas armadas. Sin embargo, consideramos que el patrón priísta que radica dentro de las raíces de Andrés Manuel se exaltó al tomar el poder y vislumbrar que el cambio y la reestructuración del buen comportamiento no era una tarea fácil.

Desde los inicios del sexenio se dibujó la idea de consolidar un solo elemento de control policial que apuntará a la resolución de la ola de violencia e inseguridad que se ha vivido en el país. A pesar que la idea de la unificación policial causó descontentos en los miembros de la corporación, se abrieron canales en los cuales se recompensa el papel del poderío policial y militar dentro de un México moderno.

Recordando las ideas de Nora Hamilton (1983), cuando hablamos de la composición política del Estado autónomo post revolucionario podemos

percatarnos que la edificación y la distribución de un nuevo orden social abrió paso a nuevas oportunidades que permitieron a militares convertirse en funcionarios del gobierno. Al igual que en dicha época, el dinamismo político del Obradorismo no solo ha reincorporado un modelo de compadrazgo político, sino que ha glorificado nuevamente, bajo un discurso de retórica nacionalista, el papel sustancial que tienen el ejército, la fuerza aérea y la marina, los cuales han sido utilizados asiduamente como un método de enarbolar el papel del Obradorismo.

La creación de la Guardia Nacional (GN) ha fungido como un símbolo más que se plasma dentro del periodo actual estudiado, pues podemos aseverar que se posicionan como un quinto poder, siguiendo a los medios de comunicación. Sin embargo, conferir a dicho ente actividades de resguardo ciudadano, de control y administración de la distribución de recursos económicos y de salud, la construcción de las magnas obras, la vigilancia del desempeño electoral y hospitalaria a nivel nacional, hablan de una militarización del estado bajo el retorno de la idea revolucionaria de la importancia, la honestidad y la fidelidad del trabajo del ejército.

El significado simbólico de la imagen de una policía o de un ejército civil intensifica un conjunto de valores compartidos dentro de una idea generalizada de seguridad y de justicia, generando en ciertos simpatizantes idealizaciones del modelo Obradorista. Este ente pretendía representar a una fuerza de seguridad “incorruptible” que estuviese conformada por y para los ciudadanos. Así mismo, amplió y diversificó los canales de reclutamiento no solo compactando a la antigua policía federal, sino integrando a la corporación a cualquier ciudadano mexicano, brindando una oportunidad de empleo. De esta manera, vemos nuevamente la idea del ritualismo cotidiano de Goffman (2001) en donde establecemos que la imagen y el rol de la GN se ha tornado en un acto moral, ya que se ha establecido desde la perspectiva Obradorista como un signo de “confianza nacional”.

A pesar del intento de caracterización civil de dicho ente, en múltiples ocasiones se han presenciado numerosos atropellos a la integridad humana, pues el mismo atributo de poderío ha desencadenado en trágicos resultados que han costado vidas por negligencias y abusos de poder. Por lo que, el simbolismo que emana de este ente involucra un tipo específico de cooptación dirigida a la manifestación social que se posicione en contra del pensar y actuar Obradorista.

El papel de la Guardia Nacional no ha sido la utopía planteada por Obrador, sino que, podemos establecer que una de sus estrategias políticas que ha caracterizado al gobierno actual consiste en evitar organizaciones unificadas e independientes, tanto de la sociedad civil, tecnócratas, intelectuales o, hasta el mismo Pueblo per se al levantarse en oposición a las decisiones del mandatario. Esta idea va en contra de la percepción Obradorista con la que se pregonó desde el desafuero político en el 2005, por lo que consideramos que la movilización social depende a grandes rasgos de en qué contexto se necesite su presencia o protagonismo. Pues no es lo mismo el levantamiento social para mostrar apoyo legítimo al presidente actual, que una crítica racional que evidencia las deficiencias del sistema Obradorista.

Por último, reafirmamos que la creación de la GN se asemeja tristemente a las tácticas pasadas del Porfirismo, Cardenismo o Maximato debido a que se ha buscado la persuasión ideológica no solo por medio de la propaganda nacionalista o populista de López Obrador, sino que la violencia continúa imperando en el “país en el que no pasa nada” en obvia complicidad con las autoridades encargadas del poder judicial y el mismo cuerpo de seguridad. De tal manera, se ha buscado captar a las organizaciones existentes estableciendo cambios institucionales dirigidos y orquestados por el gobierno.

El control ideológico y la instauración de una relación de dependencia parasitaria entre el líder y el Pueblo demuestran la incompatibilidad del sexenio actual con los valores que se engloban dentro de un pluralismo ideológico. Sin embargo, la instauración de un cuerpo militar disfrazado bajo la historieta de

protección civil, así como el desprestigio de las actividades de los Órganos Autónomos demuestran que la radicalización del discurso populista - nacionalista del presidente actual se suavizó en términos retóricos, pero en la praxis fue empleado a diestra y siniestra según sus inclinaciones finales.

Conclusiones

Siguiendo nuestro objetivo general sobre el análisis de cómo ha logrado conquistar Andrés Manuel López Obrador a ciertos sectores de la sociedad manteniendo viva la simpatía con la corriente del Obradorismo, y si esta misma logrará consolidarse como una corriente ideológica en México, podemos concluir que la legitimidad que se le ha conferido al proyecto de nación de la Cuarta transformación ha sido un evento emblemático en el imaginario social del México contemporáneo. Pues la aceptación tan ferviente que se desprende de un conjunto social parcialmente organizado por las ideas de un líder, cuestionan realmente la condición ciudadana de los individuos dentro de una democracia que tiene numerosos reveses.

A pesar de que ha sido un camino sinuoso para consolidar la democracia dentro de un país que se encuentra en constantes cambios, se pensaría que la aparición de un personaje carismático no causaría el revuelto de numerosos valores que han sido dramáticamente utilizados para generar una fuerte simpatía y apoyo hacia este. La manipulación de los valores tradicionales que están fuertemente arraigados a la sociedad mexicana, como la justicia, la honestidad, la libertad, la gratitud, la equidad, entre otros, ha logrado que renazca un sentimiento de pertenencia. Sin embargo, dicha sensación de cohesión social ha sido construida a partir de las ideas Obradoristas que tienen un carácter voluble, pues dependen de las inclinaciones del líder populista.

Como lo mencionamos líneas arriba, el papel de un personaje tan aclamado e incluso, amado y enaltecido por una buena parte de la sociedad, ha posibilitado romper la individualidad que corroe al ser bajo un sistema capitalista históricamente opresor, despertando el sentimiento de unión y reforzando una identidad nacional que ha traspasado los límites territoriales del país.

Por lo que, dejando de lado la connotación negativa de la relación líder - Pueblo que se le compete al populismo, buscamos establecer que la identidad que ha caracterizado a la población dentro del presente sexenio se ha basado en la recopilación de la cotidianidad mexicana, la cual dentro de este personaje encontró rasgos que embonan con la simpleza del mexicano o más bien, como dirá Schutz (1974) del hombre común, el cual se deja guiar por sus sentimientos,

pasiones y su conocimiento es de primera mano, es decir cree en lo que es mayoritariamente aceptado por la sociedad mientras a este no le afecte. Siendo así como, se ha encontrado un espacio o una representación que para los seguidores de AMLO parece ser fidedigna. Emociones, sentimientos, valores y aspiraciones son las que se han compartido dentro de un nuevo símbolo creado a partir del uso retórico de la historia de nuestro país, pues la idea de una reivindicación social, política y económica no es solo un pasaje actual, sino una manipulación que deviene de gobiernos pasados.

Sin embargo, a diferencia de los gobiernos anteriores, la corriente Obradorista ha superado la barrera de una normatividad cuadrada en el que el dinamismo y la dobleza de la corriente permiten configurarla como una expresión de códigos culturales que ahora representan las relaciones sociales y a la misma simpleza de la vida. Pues, la aparición de un hombre altamente carismático e influyente dentro de las masas ha marcado la historia política del México moderno reconfigurando la forma de hacer y de vivir la política.

La simpatía, el apego, el cariño o como lo busquemos conceptualizar, se ha mantenido a partir de la carga simbólica que se la ha conferido a Andrés Manuel López Obrador, lo cual nos invita a reflexionar sobre si realmente el Obradorismo post el mandato actual logrará sostenerse como una ideología social que representa a un buen número de mexicanos.

Analizar el Obradorismo como una corriente ideológica nos plantea una genuina duda respecto a la pureza de la corriente, pues ante todo cabe cuestionarnos ¿a qué nos referimos cuando hablamos del Obradorismo? Como hemos expuesto desde el primer momento denominado *Desafuero político y jefe de gobierno de la Ciudad de México abarcando el periodo que comprende los años del 2000 hasta el 2005*, la corriente tiene un nacimiento de carácter radical, ya que aquel lejano 2005 comenzó a remover la normalidad de lo rutinario, de lo ajeno al individuo común. Posteriormente, en el 2006 se familiariza la problematización política al mexicano de pie, acercándose al personaje estudiado desde una relación líder - Pueblo que no estipula barreras de conocimiento ni de diversificación de la información, pues de primera mano

López Obrador se encargó de construir la simpatía que hoy caracteriza al movimiento recorriendo todo el país.

Andrés Manuel se dedicó a esparcir las inconformidades con el sistema desencadenando una credibilidad a ciegas, pues el imaginario social por décadas se mantuvo oprimido por un sistema que satanizaba la rebelión social. Por lo que, la aparición de dicho personaje despertó en la población un aire de esperanza de un México en el que se consideren la voz de las clases subalternas. Desde la proclamación de la frase *“Voto por voto, casilla por casilla”* comienza una denotada inconformidad generalizada hacia las instituciones que debían salvaguardar la democracia, generando así, un apego hacia el actuar y el pensar de Andrés Manuel López Obrador.

A pesar de que con el Obradorismo se han retomado en la agenda pública y política temas de carácter social y de justicia pública y económica, establecimos que el Obradorismo más que un despertar del imaginario social o una revolución ideológica como lo ha intentado esbozar López Obrador, se trata de una simple manipulación carismática hacia un Pueblo vulnerado por una carga histórica que ha homogeneizado la realidad y las necesidades de la sociedad.

La radicalización de un discurso fuertemente anti sistema, anti institucional y de carácter populista ha entretejido un camino de legitimidad dentro de un Pueblo que por años desconocía o se mantenía alejado de la politización de la vida cotidiana; donde todo lo que es público era ajeno y donde el actuar individual se desprendía de la colectividad. Sin embargo, aunque celebremos el interés colectivo hacia los temas de carácter social y la participación ciudadana, no consideramos que se trate de un desentumimiento de las masas, pues la concepción de ciudadano dista a lo que en la praxis se ha vislumbrado.

Retomando nuestra hipótesis central que afirma que el Obradorismo conquista a la sociedad a través de la manipulación, el nacionalismo, el anti institucionalismo y la personificación del poder logrando crear una corriente ideológica que posiblemente trascienda después del mandato presidencial.

Consideramos que se han validado los recursos utilizados por AMLO, los cuales han sido ejemplificados dentro del presente estudio como herramientas que históricamente han sido replicadas en cada gobierno con distintos tintes políticos. Por lo que, el Obradorismo como tal ha sido una corriente que ha englobado dichas recetas históricas, pero con inclinación de tintes populares que le han brindado cierta legitimidad. No es una estrategia nueva, pero sí un fuerte apego social al líder que propicia una fuerte legitimidad.

Dicha legitimidad ha dependido no sólo de la correcta manipulación de los rasgos antes mencionados, sino que añadimos la errónea categorización del mexicano como un ciudadano per se, la cual consideramos una distinción relevante que se encuentra presente desde siempre dentro del imaginario social. Esta no se tenía prevista en el análisis, sin embargo en el camino hemos descubierto que la conceptualización del mexicano como un ciudadano dista mucho a lo que es el individuo dentro de la cotidianidad mexicana. Lo cual seguramente imposibilita la consolidación del Obradorismo como corriente ideológica si es que la pensamos con cierta coherencia programática, pues la sensibilidad de la relación entre los objetivos y las acciones de esta dependen de las ocurrencias de Andrés Manuel López Obrador, las cuales pueden no ser precisamente las más adecuadas.

Ante esto, añadimos que la sociedad como conjunto se fija metas y se plantea qué vale la pena perseguir, es aquí donde la orientación Obradorista puede suscitarse en crisis, pues a pesar de que se busquen cambios radicales, la cultura política continúa siendo la misma. La reproducción de la corriente en la retórica siempre funciona, sin embargo, en la praxis se corrompe y se ha vislumbrado la doblez del movimiento y partido generando dudas sobre un futuro incierto. Lo que sí pensamos con certeza es, como lo menciona Schutz (1974), que algún fenómeno o una corriente que es aceptada, surge desde un acuerdo social implícito en donde la opinión y los testigos de primera mano son las fuentes de veracidad que permiten que el mexicano común tiende a aceptarlo/le según los argumentos que se le propicien. De tal manera, como lo hemos desarrollado a lo largo del presente estudio, surgen personas que canalizan y encierran lo que la mayoría piensa o simpatiza, el Obradorismo nace desde este

paradigma de conocimiento que le compete al hombre común, al mexicano común.

A partir de dicho conocimiento, nos surgen dudas que logran presionar la veracidad de la corriente como una posible ideología permanente, pues cabe cuestionarnos ¿cómo los mexicanos, dentro de este periodo, han construido sus opiniones? Las respuestas a este cuestionamiento las podemos reducir según nos lo demuestra el dinamismo político - social presente durante este periodo:

- Medios de comunicación y periodistas.
- La academia y los tecnócratas.
- “Yo tengo otros datos”: mañaneras, conferencias de prensa e informes de gobierno emitidos directamente por el presidente.

Ante estas fuentes, ¿a quién le cree el Pueblo? el mexicano u hombre común elige confiar en lo que la mayoría simpatiza, y por ende es lo que el líder logra amañar para generar confianza entre sus congéneres. De tal manera, que los recursos como la personificación del poder y la polarización de la sociedad han generado un espacio propicio para el esparcimiento de la verdad Obradorista.

El hombre/mexicano común elige creer en la palabra de la mayoría, estando a disposición del control de todos, que, en este caso, sería a la palabra del líder, pues este ha encerrado la veracidad de su palabra a través del concepto Pueblo, creyendo representar lo que todos quieren o piensan. El mexicano común, simpatizante de la corriente del Obradorismo y el cual se autodenomina parte del Pueblo, se desenvuelve desde un ambiente de ingenuidad al tener como fuente de primera mano los datos emitidos por AMLO, debido a que no busca comprender el origen de las decisiones que le afectan, sino que se desarrolla desde la vaguedad y la espontaneidad del líder aceptando lo que según su empatía le permite confiar.

Por lo que, nos compete cuestionarnos ¿realmente las herramientas del Obradorismo benefician a este Pueblo? si nos basamos en la priorización o la universalización más común dentro del Obradorismo de “*primero los pobres*”, según lo que alcanzamos a estimar desde la prospectiva del “segundo piso” de la Cuarta Transformación, concluimos que dichas herramientas reducen las

posibilidades de dignificación social, conservando o incluso intensificando la desigualdad dentro del intento de cimentar condiciones de una frágil igualdad, la cual es generada por una utopía inalcanzable y, por el mismo compadrazgo político que ha permitido designar a funcionarios morenistas no aptos para futuros cargos importantes.

Ante dicha situación, retomamos nuevamente lo que mencionamos sobre Schutz (1974) cuando nos habla del conocimiento del hombre común, el cual se deja guiar por sus sentimientos y pasiones, desde las cuales se establece un conjunto de convicciones en las cuales se limita confiar. De tal manera, que la aparición de AMLO estremeció el aspecto nacionalista del mexicano, imperando las emociones por encima de las decisiones racionales.

Sus opiniones son gobernadas por el sentimiento y no por la veracidad de la información y los hechos, por lo que podemos históricamente confirmar que el mexicano común prefiere noticieros amarillistas y programas de televisión de ocio por encima de la voz y el análisis de los expertos. Siendo así como la verdad Obradorista ha encajado perfectamente con la modalidad del mexicano común, ahogando la visión crítica en un mar de subestimaciones colectivas.

La fuerza de la corriente del Obradorismo como una ideología se encuentra en juego no solo desde la misma disidencia presente entre los congéneres morenistas que ostentan cargos políticos, sino desde el mismo líder y su Pueblo. La insostenibilidad del líder radica en que, a pesar de que en el presente sexenio se sostuvo una carga medular y una centralización marcada del poder ejecutivo, esta posición llega a su fin desencadenando múltiples escenarios que nos incumbe problematizar para conocer su durabilidad post el mandato de Obrador. En primera instancia, dicha longevidad podría radicar en la aparición de un Maximato que se vivió en los años veinte o, en la instauración del modelo Obradorista desde la militarización deviniendo en una especie de gobierno completamente autoritario, sin embargo a como señala la situación creemos que ninguna de las dos opciones es posible, pues las relaciones exteriores del país, así como el mismo reclutamiento de actores políticos de bandos antagonistas, no permiten la concentración personal del poder en Andrés Manuel a posteriori de su mandato.

Por lo consiguiente, surge un tambaleo ideológico e incluso físico del movimiento del Obradorismo dentro de sus simpatizantes, pues, a pesar de que la futura presidenta Claudia Sheinbaum lleva la bendición del líder, su imagen no logra equiparar la fuerza de la presencia del mismísimo López Obrador. La desaparición de la imagen de AMLO en la vida pública de México conlleva a numerosas desilusiones dentro del imaginario colectivo que logró conquistar debido, justamente, a la volatilidad de las emociones, sentimientos y pasiones por las cuales se rige el hombre/mexicano común.

Por lo que, podemos concluir que, al retirarse Andrés Manuel López Obrador del foco público, puede regresar el Pueblo a una situación de vulnerabilidad social en la cual se encuentren susceptibles a una reconquista que puede ser desde otra vertiente con principios distintos a los del Obradorismo. De tal manera que, se atenúa la fuente primaria de información y se minimiza la veracidad de los datos, ya que no serán esparcidos de primera mano por el presidente actual lo cual propiciará un aire de dudas y de incertidumbre que desmotivan al mexicano común.

Ante esta situación, consideramos que el imaginario social que logró reunir López Obrador se encontrará en una disyuntiva que pondrá en tela de juicio los valores y los principios que creyó conocer con la presencia de su líder. Sin embargo, más que basarnos en una crisis del Obradorismo, creemos que se trata de una crisis de identidad y de colectividad del Pueblo de México, lo que vuelve aún más problemática la situación actual.

El mexicano u hombre común vio en el Obradorismo una verdad colectiva que congeniaba con las emociones y las pasiones que logró compactar AMLO, desencadenando una legitimidad a ciegas del casi ex mandatario actual y una glorificación de su actuar. Empero, dicha situación nos plantea una vulnerabilidad ideológica que ha estado presente desde los inicios de la creación de la nación mexicana, por lo que la presente investigación nos plantea nuevas incertidumbres si, ¿al retirarse AMLO la población mexicana se encuentra lista para desprenderse de la sombra de su líder? o, ¿el Obradorismo ha sido una antesala que permitió la concientización del papel del mexicano común como “ciudadano” en el argot político - social?

Referencias bibliográficas

- Ai Camp, R. (2018). La política en México. ¿Consolidación democrática o deterioro? México, Fondo de Cultura Económica. Recuperado en marzo de 2024
- Amezcu Yépiz, M. (2019). Construcción del líder populista: dos episodios mexicanos paradigmáticos, Lázaro Cárdenas y Andrés Manuel López Obrador. *deSignis*, vol. 31. Federación Latinoamericana de Semiótica Organismo Internacional. pp. 157-169 Recuperado el 26 de abril 2024 de <https://www.scielo.org.mx/pdf/alhe/v26n1/2007-3496-alhe-26-01-916.pdf>
- Amparán, A. (2018). Los marcos de la experiencia. *Sociológica* (Méx.) vol.33 no.93 Ciudad de México ene./abr. 2018. Recuperado el 15 de julio de 2024
- Cárdenas J. (2007). El proceso electoral de 2006 y las reformas electorales necesarias. *Cuestiones constitucionales*, (16), 43-69. Recuperado el 2 de mayo de 2024, de <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sciarttext&pid=S140591932007000100002&In=es&ting=es>
- Durkheim E. (1982) *La división del trabajo social*. Madrid, Akal. pp.6 Recuperado el 7 de marzo de 2024
- Dussauge, M. y M. Aguilar. (2021). Populismo, retrocesos democráticos y administraciones públicas: la experiencia de México durante la primera mitad del gobierno de AMLO. *Revista Chilena de Administración Pública*. Núm. 36. Pp. 135- 186.

<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8247333>.

Recuperado en julio de 2024.

Emmerich G. (2007) Las elecciones de 2006 y su impacto sobre la democracia en México. El Cotidiano, vol. 22, núm. 145, pp. 5-15
Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco Distrito Federal, México. Recuperado el 25 de mayo de 2024, de www.redalyc.org/pdf/325/32512502.pdf

Escalante F. (2012), Ciudadanos imaginarios. El Colegio de México. México.
Recuperado en abril de 2024

García M. (2007). La Construcción de un Liderazgo: Esbozo Biográfico de Andrés Manuel López Obrador. El Cotidiano, vol. 21, núm. 141, pp. 21-30. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco Distrito Federal, México. Recuperado el 5 de mayo, 2024.

García Peña, L. (2015). "Normales" y estigmatizados: los símbolos de la estigmatización social en Juan Rulfo. Espiral (Guadalajara), 22(64), 41-66. Recuperado en 05 de agosto de 2024, de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-05652015000300002&lng=es&tlng=es.

Gobierno de México. (s.f). Lázaro Cárdenas del Río. Recuperado en marzo de 2024, de <https://www.gob.mx/epn/es/articulos/natalicio-de-lazaro-cardenas-del-rio>

Goffman, E. (2001). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires. Recuperado el 22 de mayo de 2024.

- Hamilton, N. (1983). México: los límites de la autonomía del estado. Ed. ERA. México. Recuperado en julio de 2024
- Hernández Rodríguez R., Celorio Morayta G. & Mabire B. (2020). LA PERSISTENCIA DE UNA IDEA - THE PERSISTENCE OF AN IDEA. Foro Internacional. Vol. 60, No. 2 (240). La política interna de México 2012-2018. pp. 501-536 El Colegio de México Recuperado el 13 de mayo, 2024 de <https://www.jstor.org/stable/10.2307/26908638>
- Knigh, A. (2010). La identidad nacional mexicana. NEXOS. Recuperado el 19 de mayo de 2024 de <https://www.nexos.com.mx/?p=13852>
- La Jornada (2009). La jornada 2005. Recuperado el 20 de mayo de 2024
- Loaeza, Soledad. (2021). Dos hipótesis del presidencialismo autoritario", en Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales. Universidad Nacional Autónoma de México, Nueva Época, Año L VIII, núm. 218. pp. 53-72. Recuperto el 19 de mayo de 2024
- López Obrador, AM. [Andrés Manuel López Obrador] (2021). *A 16 años del desafuero*. [Video]. Youtube. Recuperado el 25 de julio de 2024, de <https://www.youtube.com/watch?v=bLjWPtZJOUQ&t=1s>
- Martín, S. (2012). Ciudadanía y cultura política en México a dos sexenios de la "alternancia". Foro Internacional. Vol. 52, No. 4 (210). pp. 864-884. El Colegio de México. Recuperado el 7 de mayo 2024 de <https://www.jstor.org/stable/41756369>
- Moreno, A. & Cárdenas P. (2023). Desplazamientos antagónicos el lopezobradorismo en tres tiempos. Confines de Relaciones

Internacionales y Ciencia Política, Vol. 19, N°. 37. pp. 178-197.

Recuperado el 22 de mayo de 2024, de

https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-

[35692023000200178&lang=pt](https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-35692023000200178&lang=pt)

Olvera, AJ. (2022). Populismo, desinstitucionalización y gestión pública:

los límites estructurales de la 4T. *Análisis Plural*, (1). Recuperaod

el 10 de agosto de 2024.

Pasquino G. (2015). Populismo, instituciones y unión europea. Cuadernos

de Pensamiento Político. No. 4. pp. 21-34, FAES, Fundación para

el Análisis y los Estudios Sociales. Recuperado el 12 de mayo de

2024 de <https://www.jstor.org/stable/24571546>

Pérez-Verduzco, Germán. (2019). Análisis de la percepción ciudadana y el

contexto político mexicano previo al proceso electoral 2018: Una

aproximación hacia la cultura política de la alternancia. *Estudios sobre*

las Culturas Contemporáneas, vol. XXV, núm. 5, Esp., 2019

Universidad de Colima, México Recuperado el 5 de mayo, 2024 en

<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=31659683005>

Schutz, A. (1974) El ciudadano bien informado. *Ensayo sobre la distribución*

de social del conocimiento. Estudios sobre teoría social. Amorrortu

Editores, Buenos Aires. Recuperado el 17 de septiembre de 2024.

Simmel G. (1977) Sociología. Madrid, Revista de occidente. vol. 1 pp. 30 –

3. Recuperado el 25 de marzo de 2024.

- Smith, P. (1981) Los Laberintos Del Poder El Reclutamiento De Las Élites Políticas En México 1900 1971 [ocr]. Recuperado el 6 de marzo de 2024
- Soler Duran, A. (2013). Caudillos, conflictos y partidos en el México posrevolucionario. *Inventio, la génesis de la cultura universitaria en Morelos*. Vol. 9, N°. 17.Pp. 17-22 Recuperado en 2 de mayo de 2024, de <https://inventio.uaem.mx/index.php/inventio/article/view/366/456>
- Urbinati N. (2015): El fenómeno populista. *Desarrollo Económico*. Vol. 55, No. 215. pp. 3-20. Instituto de Desarrollo Económico Y Social. Recuperado el 10 de mayo de 2024 de <https://www.jstor.org/stable/43748470>
- Vázquez Mantecón V. (2009). Lázaro Cárdenas en la memoria colectiva. *Política y cultura*, (31). Recuperado en 12 de mayo de 2024, de <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sciarttext&pid=S018877422009000100010&lng=es&ting=es>
- Velázquez García, Mario Alberto. (2004). La violencia y los movimientos sociales en el gobierno de Vicente Fox, 2001-2002. *Región y sociedad*, 16(29), 45-74. Recuperado el 13 de mayo de 2024, de <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sciarttext&pid=S187039252004000100002&ng=es&tling=es>.
- Villalpando Castro J.[Andrés Manuel López Obrador] (2014). *Al diablo con sus instituciones: Desconoce AMLO a FCH como presidente*. [Video].

Youtube. Recuperado el 25 de julio, de

<https://www.youtube.com/watch?v=oMZwuWDMnDE>

Villoro, L. (1998). Sobre la identidad de los pueblos. Estado plural, pluralidad de culturas. México: UNAM/Paidós. pp. 63-78. Recuperado el 22 de julio de 2024, de [Archivo PDF].
http://envia3.xoc.uam.mx/sitio/lecturas_TID/unidad2/Villoro_identidad.pdf